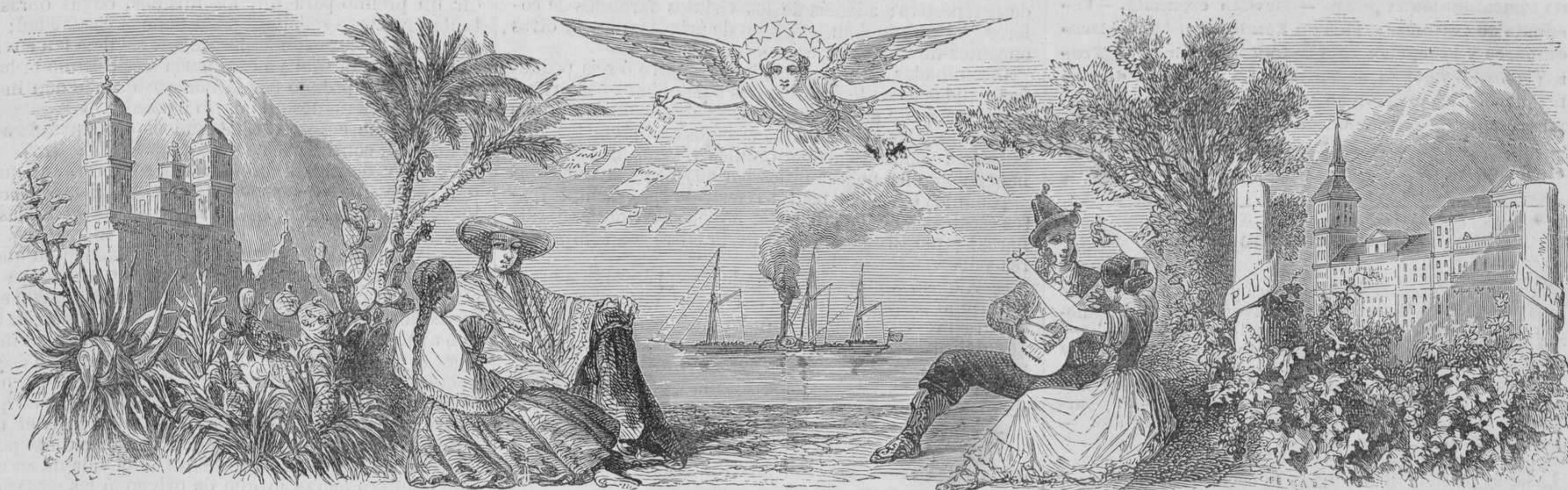


EL CORREO DE ULTRAMAR

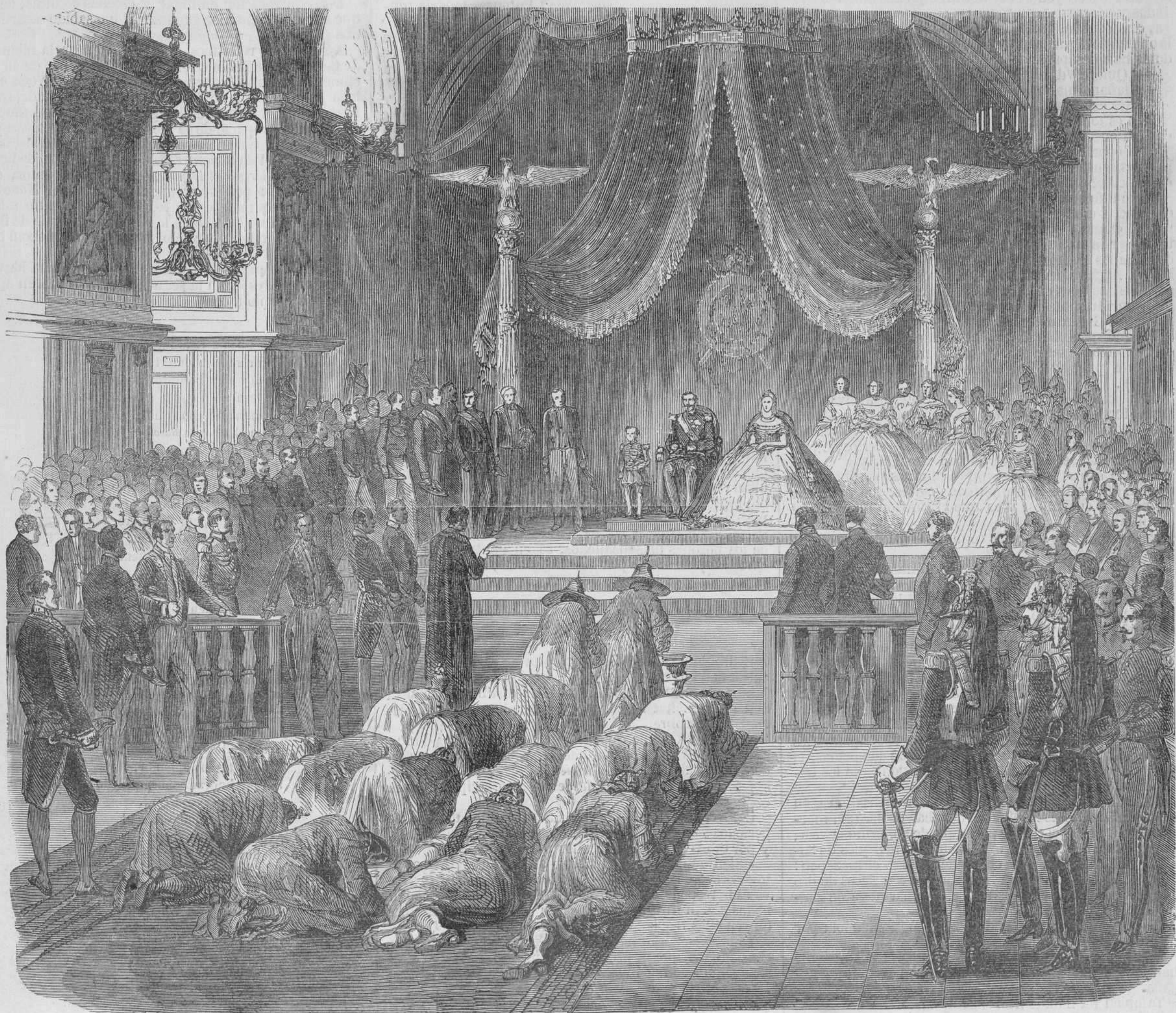
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 20. — N° 445.



RECEPCION DE LOS EMBAJADORES SIAMESES POR EL EMPERADOR NAPOLEON III EN EL PALACIO DE FONTAINEBLEAU, EL 27 DE JUNIO DE 1861 (Véase la Revista de Paris).

SUMARIO.

Recepcion de los embajadores siameses en el palacio de Fontainebleau; grabado. — Revista española. — Incendio de Cotton's-Wharf en Londres; grabados. — Desembarco y recepcion del conde y la condesa de Trami; grabado. — Revista de Paris. — La venganza de una iroquesa. — Exposicion de 1861; grabados. — Leandro. — Regreso de la expedicion de Siria; grabados. — Bolivia. — Revista de la moda. — Usos y costumbres de Francia; grabados.

Revista española.

Emigracion aristocrática. — Los viajes y las despedidas antiguamente y en el día. — Una nueva infanta. — Ceremonia de su bautizo. — Una fiesta en el jardín del Tivoli. — La vendedora de flores. — Premios al genio: Gisbert y Ayala. — Producciones teatrales. — Jacinto. — El Caserío. — De incógnito. — Vapuleo del Diabolo con antiparras á los profanadores de Cervantes. — Castillo y Ayensa. — Ni proteccion, ni libre cambio. — Una Biblioteca. — El color azul. — Un matrimonio feliz y el Circo de caballos.

Los que no han abandonado la corte para dirigirse á los pinfrescos baños de las provincias Vascongadas, de Andalucía ó de Aragon, han comenzado á invadir el Escorial y la Granja, han buscado consoladora sombra en el Nuevo Baztan, salud en Trillo ó en la Isabela, descanso en sus retiradas quintas, alegría en los puertos del Mediterráneo, emociones en las desvastadas llanuras de la Italia é impresiones en Niza ó en el Havre, en Londres ó en Paris.

Lo cierto es, que aquellas aristocráticas bellezas que el invierno último hacian de los elegantes salones de Madrid, oasis mucho mas deseados que los que esperan alcanzar los creyentes del Koran, aquellas mujeres adoradas y adornadas con todos los encantos de la naturaleza, con todas las galas del lujo, con todos los atarides de la opulencia, aquellas protagonistas de interesantes anécdotas han desaparecido de nuestra escena.

— ¿Quiere Vd. algo para Vichy?

— Mañana marchamos á Arechavaleta.

— Nos esperan en Biarritz.

Esto es lo que dicen las pocas personas que aun quedan, al encontrar á sus amigos.

Esta época del año es la mas crítica para los corazones sensibles: verdad es que la moda los ha relegado en la actual estacion, y ha hecho muy bien.

¿Qué diferencia entre ayer y hoy! Ayer, cuando las diligencias eran el *non plus ultra* de la velocidad en los viajes, cuando no se habia inventado la necesidad de traspasar la frontera para tomar baños, cuando apenas conocíamos los nombres mágicos de Baden-Baden, Homburgo, Aguas Buenas y algunos otros mas; entonces las administraciones de diligencias eran un continuo drama, con situaciones que hubieran dado envidia á Victor Hugo y á Casimiro Delavigne.

Era indispensable llorar, se hacian todo género de recomendaciones sanitarias á los viajeros, casi se pronunciaba un panegirico coreado de la persona que se ausentaba.

Hoy cuando gracias al vapor se puede atravesar el vasto territorio francés en treinta horas, cuando en nuestro país empezamos á disfrutar del vapor aplicado á los viajes, cuando se ha comenzado á hacerlos de placer, el drama se ha convertido en comedia.

En ella aparecen casi siempre algunos personajes del drama, las madres, las amorosas madres, que van á dar un adiós á sus hijos; y es que el corazón maternal es siempre el mismo.

Pero aceptando las cosas como son, mi deber es contárselas.

Hé aquí los episodios del mes de junio, en el que España ha tenido el placer de recibir de su augusta reina una nueva infanta que ha sido saludada con el cariño que el pueblo español profesa á sus monarcas.

Nació el día 4, y el 5 fué bautizada con la solemnidad acostumbrada en tales casos en la capilla de Palacio. En el centro estaba preparada la pila bautismal de santo Domingo de Guzman, y en las tribunas que rodean el templo se hallaban las damas de S. M., los ministros, los grandes y capitanes generales, los convidados de los cuerpos colegisladores, los caballeros del Toison de Oro, y los que han sido embajadores, el cuerpo diplomático extranjero, los generales y directores de las armas, el capitán general de Madrid y las comisiones de los tribunales.

Fueron padrinos S. A. el infante Don Sebastian y su esposa. El duque de Medinaceli llevaba el salero; el marqués de Castelar el capillo; el duque de Solferino la vela; el duque de Sevillano el aguamanil; el marqués de Sotomayor la tohalla, y el conde de Sástago el mazapan: la infanta, llevada en una bandeja roja con flecos de oro por el aya de los príncipes; la señora marquesa de Malpica precedía á la comitiva.

El nuncio de Su Santidad la bautizó poniéndola por nombre María Berenguela.

Este acontecimiento y el viaje de la corte á Santander han tenido preocupado todo el mes á la capital de España.

Tambien ha habido fiestas campestres.

El jardín del Tivoli, cedido generosamente por sus propietarios en la noche del 18 á la piadosa asociación de la Santa Infancia, para que diese en él una funcion

á beneficio de sus protegidos; además del teatrito en donde las bandas militares ejecutaron preciosas piezas de música, además de los cuadros disolventes, en los que aparecieron vistas de monumentos, de jardines reales, caricaturas dignas del *Charivari*, y algunos otros juegos de perspectiva; además de los vistosos farolillos de colores que iluminaban las calles de árboles, ofrecia otros encantos no menos apreciables.

Diseminadas en el jardín, habia cuatro ó seis pequeñas tiendas todas llenas de flores ó de objetos para rifas. En el fondo de aquellas tiendas se destacaban algunas damas muy conocidas en los círculos aristocráticos, dispuestas á vender todas las cédulas y todos los ramos en beneficio de los pobres niños por cuya suerte velan.

¿Cuántos episodios podria referir de las graciosas frases escapadas de los labios de aquellas elegantes jardineras! ¿Qué tiroteo de galantería entre los compradores y los vendedores!

— Alonso, Alonso, decia una de ellas, cómpreme usted este ramo para obsequiar á esa jóven tan venturosa á quien sirve Vd. de galán. Mire Vd. qué claveles tan finos, qué dalias tan bellas, qué jazmines tan olorosos; y vamos, no se vaya Vd. sin comprar algo de mi tienda.

— Pero si es Vd. tan carera, marquesa... ¿quién se acerca á su puesto de Vd.?

— No reñiremos.

— ¿Y cómo no? va Vd. á abandonarme en cuanto compre las flores que me ofrece, para dirigirse á otros compradores, y eso me va á hacer desgraciado.

— Hay un medio de que Vd. no lo sea.

— ¿Cuál?

— Cómpreme Vd. todas las flores.

El jóven sacó un billete de banco, y algunos segundos despues la marquesa le proclamaba el mas decidido protector de los niños de la Santa Infancia.

Presenció otras escenas en las que el comprador prestigia el género y la vendedora se esforzaba en combatir sus argumentos. ¿Qué comparaciones tan poéticas! ¿Qué lógica tan florida! La noche se pasó agradablemente. ¿Porqué no se repetirán estas funciones al menos una noche cada semana? Entonces tendria muchas anécdotas que referiros.

La reaccion de entusiasmo artístico y literario que se ha operado en España últimamente, prueba lo que os digo siempre, que la nacion progresa y nos ofrece un porvenir dichoso.

La última exposicion de pinturas nos dió á conocer un genio, Gisbert el autor del gran cuadro el *Suplicio de Padilla*: acto continuo la juventud y la prensa formaron una suscripcion para costear una corona de oro y regalársela en prueba de su admiracion.

Poco despues aparece en el teatro la última comedia de Ayala, *el Tanto por ciento*, y el mismo entusiasmo abre otra suscripcion para premiarle. Estos ejemplos estimulan y honran.

La corona de oro para Gisbert ya está terminada. Su forma es la siguiente:

Sobre una zona ó aro de oro pulido, se hallan superpuestos cinco florones, tambien de oro pulido, ofreciendo una forma convexa, y repartidos á distancias relativas, de modo que el mayor es el del centro, y los otros cuatro corresponden entre sí, yendo en disminucion hasta el broche. En el centro de estos florones, y sobre un engaste sumamente ligero y elegante, se ven los cinco colores indispensables al pintor, representados por otras tantas piedras finas, que son el rubí, el topacio, el zafiro, el azabache y en el del centro la perla, sobre el cual, y encima del engaste se lee la palabra *Gisbert*, y debajo, en forma de aspa, el lapicero y el pincel, atributos del noble arte, que con tan feliz éxito cultiva la persona objeto del obsequio. En el espacio de un florón á otro se observan hojas de roble de bella agrupacion y cincelado, representando la honra y mérito bien adquiridos; al pié de estas hojas de roble hay otras de mirto esmaltadas, simbolizando las bellas artes; y en el intervalo de los florones mas pequeños, se encuentra un broche cincelado, del cual penden dos cintas, delicadamente engarzadas, en las cuales se lee:

Al autor del cuadro de los Comuneros, la admiracion y voto público. MDCCCLX.

El dibujo de esta bellísima corona ha sido obra del escultor don Ponciano Ponzano, que ha visto perfectamente interpretado su pensamiento por el distinguido artista don José Sanchez Pescador, á quien fué confiada la ejecucion de la obra.

La suscripcion abierta para premiar á Ayala es ya muy crecida, y se empleará en hacer una lujosísima edicion de su comedia *el Tanto por ciento*, ilustrada con preciosas fotografías de todas las escenas principales de la obra.

El jóven y glorioso escritor ha publicado en todos los periódicos una carta que le honra tanto como su drama, y por eso voy á copiar algunos párrafos.

« Siento una gratitud que me aflige, dice, porque estoy seguro de que nunca podré manifestarla. ¿Qué grave es la responsabilidad que me habeis impuesto, y cuán bellas serian mis obras futuras si yo pudiera conseguir que en ellas resplandeciese toda mi gratitud!

Yo creo, y así lo he manifestado verbalmente á muchos amigos, que la protesta en contra del grosero materialismo que nos invade estaba ya impaciente en todos los corazones honrados, y se han valido de la ocasion que mi comedia les ofrecia para hacerla pública. Todos al aplaudirme han juzgado que era bondad de mi obra la nobleza de sus propios sentimientos.

Este ha sido sin duda el generoso móvil de la prensa,

El recuerdo de sus unánimes y entusiastas felicitaciones conmovió eternamente mi corazón.

A mis carísimos compañeros solo les digo que muchas son las circunstancias casuales que contribuyen á que un éxito sea ruidoso; pero en la rara abnegacion de pedir un premio para mí, los mismos, cuyas obras con tanta justicia lo solicitan, nada pone la casualidad; todo es hijo de la elevacion de las almas. Me deja tan envidioso su conducta, que yo cambiaria gustosísimo la honra de recibir el premio por la nobleza de que dan indicio las generosas manos que me lo conceden. »

Ya que he empezado hablándome del laureado autor dramático, continuaré ocupándome de los teatros.

Pocas y de escasa importancia son las obras que se han representado; sus títulos son los siguientes: *Jacinto*, juguete cómico-lírico, *el Caserío*, y de *Incógnito*, las dos zarzuelas.

Toda la fábula de la primera está fundada en que un militar, que hace años no ve á su cara mitad, se presenta en su casa fingiendo ser solo un amigo, con el fin de cerciorarse de si le ha sido fiel en la ausencia. Ella, que aparenta desconocerle y que comprende su intencion, se propone darle un mal rato afectando hasta indiferencia por su muerte. Hay mas: la coronela tiene un mono á quien ha puesto por nombre *Jacinto* y de quien habla como si fuera de un amante, y el coronel tenia tambien una *perla*, á la que su consorte toma por su querida, enterada por el asistente de la vida de su amo. Este *quid pro quo* es lo que da origen á las situaciones cómicas de la obra.

El *Caserío* bajó al sepulcro pocos momentos despues de haber nacido, y lo mejor que se le debe desear es que la tierra le sea ligera.

La tercera escrita sobre la ópera bufa italiana de Gio-
sa *Don Checo*, agradó mas que las dos anteriores.

Todo el enredo de la zarzuela consiste en que el hostalero, su sobrina y hasta la gente del pueblo, confunde con el duque á un pobre diablo, perseguido por los ingleses, que le han puesto un alguacil por centinela de vista.

Esta equivocacion da lugar á escenas cómicas, de las que su autor, el señor Frontaura, ha sabido sacar mucho partido.

A su tiempo referimos que para honrar la memoria de Cervantes se habia celebrado el aniversario de su nacimiento con una comedia de Ventura de la Vega titulada *Don Quijote de la Mancha*, y con una Loa del señor Hartzzenbusch. Esta circunstancia ha inducido á muchos escritores á ocuparse de la obra de Cervantes desfigurándola. Con este motivo *el Diabolo con antiparras* ha publicado un folleto contraloes Cervantónomas, dedicado á los profanadores del *Ingenioso Hidalgo*. El autor, que manifiesta una profunda veneracion hácia el *Manco de Lepanto*, comprende entre los profanadores no solo á Avellaneda, sino tambien á los que han tratado de ilustrarlo, compendiarlo y removerlo, desde Clemencin hasta Ventura de la Vega.

Algunos fragmentos de su folleto darán una idea de él á mis lectores, y en la seguridad de que sabrán apreciarlos, los copio á continuacion.

Dice así:

« Poco á Cervantes valió
Dejar su loco enterrado;
Cien y cien han profanado
La tumba en que le guardó.
Clemencin le puso notas;
Dióle Castro un *Buscapié*;
Adelante el crimen fué;
Y tú, Ventura, le azotas:
Y despues de bien zurrado
El andante caballero,
Le entregas, por el dinero,
A que le mate Delgado.
¿Y cómo tú, Juan Eugenio,
Tan miradillo y formal,
Te haces cómplice parcial
De ese crimen contra el genio?
¿Mas qué digo! Honrais los dos
A Cervantes: ¡eso sí!
¿Quién le conociera aquí,
Sin vosotros, vive Dios?
Sin la loa de don Juan
¿Quién (en España) sabria,
Que hubo un Cervantes un día
Y un Quijote, voto á San?...
Y os debemos aplaudir,
Porque honrar habeis querido
Sacándole de su olvido...
¿A quien no pudo morir!
¿Aberracion singular!
Tal por honra comprendéis,
Que al ingenio escarneceis
Cuando le quereis honrar,
Y cómplices los dos juntos
En esa ingrata faena,
Os pareceis á la hiena
Que devora los difuntos.

Y mas adelante dice:

¿Cervantes! si en lo profundo
De tu sepulcro ignorado,
Por el amor evocado,

Escuchas la voz del mundo,
Sal de tu fosa á través
Y escucha sin amargura,
Cuál te apedrea Ventura
Con su lenguaje francés
A tu loco escucharás
Hablando en necio: ¡mas no!
Si tú le ves, juro yo,
Que no le conocerás.

El autor termina del siguiente modo:

Reasumamos: un don Juan
Y un don Ventura apresaron
A Don Quijote, y le echaron
Un dramático gaban.
(Suplico no se alborote
A don Juan: sé que ni á medias
Hizo ese horror de comedias
Que se llama Don Quijote;
Pero su loa escribió,
Y cómplice en el mal hecho,
Compartiendo su provecho,
Ipsa facto delinquiró.
Y á la verdad, tal diablura
Si procede de malicia
Merece seca justicia,
O compasion si es locura.
Justo es por ello que aguanten
Y harás muy bien en callar,
Pues porque no puede hablar
Calla en su tumba Cervantes.)
Con tal disfraz, tal quedó
Don Quijote de trocado,
Que diera susto y enfado
Al mismo que le engendró.
Porque una y otra figura
Son, en sí, tan semejantes,
Cual se parece á Cervantes
En genio y talla Ventura.
El uno á la luz nacido,
Por un claro sol bañado,
Gigantesco y arrancado
Por su grandeza al olvido:
El otro extraña vision
Que entre la sombra se escurre,
Que cuando bosteza aburre
Y nace en un panteon:
El uno creacion divina,
El otro audacia insensata,
Porque... en fin... no todo es plata
En la region Argentina.
Quede sentado ó de pié,
O tendido, igual me da,
Que el que imprime necoda-
Dadas á censo perpé-
He dicho cuanto tenia
Que decir y mas no digo,
Porque de habiar me fatigo
Sobre cosa tan vacía.
¡Y tú, gran Miguel, adios!
No te importe que Ventura
Haya tu hermosa criatura
Partido insensato en dos,
Y duerme, duerme sin pena,
Porque, del caso indignado,
Rocinante te ha vengado...
Estercolando la escena (1).

Ha fallecido el señor don José Castillo y Ayensa, diplomático, escritor y erudito humanista.
Ha dejado varias obras escritas y publicadas, entre

(1) Rocinante te ha vengado
Estercolando la escena.

Inconveniente de repartir papeles á los animales que no saben reprimir cuando es necesario sus necesidades.

El rucio hizo tambien de las suyas; y no fué esto solo: durante una de las representaciones quiso tomar parte en el diálogo, y rebuznó; en cuanto al pobre Rocinante que trabajó en las primeras representaciones, tuvo, como la comedia, un fin desgraciado, pero mas trágico:

La comedia murió á ausencias del público, para no aparecer mas;

Rocinante murió á cuernos de un toro portugués.

Hay en el folleto varias notas, y la que corresponde á este verso final dice así:

Un banderillero nos ha referido el siguiente diálogo habido en el trance fatal entre el toro y el jaco.

Héle aquí:
Jaco (cayendo herido de muerte). ¿Qué te he hecho yo, cruel toro, para que así me destroces?

Toro (recargando). La sombra de mi paisano Camoens ha bajado á mi toril y me ha encargado que vengue sobre tí á su amigo Cervantes.

Jaco (agonizando). ¡Pero yo, qué tengo que ver con esos señores!

Toro (desgarrando al jaco). Tú te has encargado del papel de Rocinante en el *Don Quijote de Vega*.

Jaco. Eso á don Ventura... A don Ventura... (espira.)

Toro (dando al jaco su última cornada, levantando la cabeza con fiereza y arrojando un resoplido de fuego). ¡Oh! ¡Don Ventura! ¡Don Ventura! ¿Dónde está don Ventura?

otras una *Historia de nuestras relaciones diplomáticas con la corte de Roma, despues de la muerte de Fernando*.

Las traducciones que ha dejado de las obras de Anacreonte, Safo, Tirteo y otros líricos griegos, es de lo mejor que tenemos de este género en nuestra literatura.

El distinguido escritor don Juan Cancio Mena ha publicado un folleto que ha causado gran sensacion entre los economistas: se titula *Ni proteccion, ni libre cambio*, y en él se resuelve de un modo brillantísimo una de las cuestiones mas difíciles de la economia política.

Va á aparecer en Madrid una *Biblioteca selecta de autores antiguos españoles*, que podrá servir de introduccion y complemento á la que con tanto aplauso de los literatos está dando á luz el señor Rivadeneira, y que no se limitará á la publicacion de los escritores latinos, sino que contendrá tambien las obras árabes españolas mas célebres.

En un precioso tomo de poesías recientemente publicado he hallado la que copio á continuacion, porque me parece muy linda. Se titula *Color de cielo*, y dice así:

Azules son los cielos,
De azul se tiñe el agua
Y cuando el sol se oculta
Detrás de la montaña,
De azul tambien se cubre
Su roja-verde falda.
De azul se pinta el lirio
Que brota en la enramada
Cual joya que sujeta
Cortinas de esmeralda,
Y azules son las tocas
Con que se adorna el alba.
Cuando la mar se aduerme
Tranquila y solitaria,
Y el céfiro la riza
En superficie clara,
Espejo es de grandeza
Con tintas azuladas.
Cuando el jazmin la nieve
De su boton desata,
Perfila su corola
Tambien de azul y nácar.
Hay pájaros que bordan
De hermoso azul sus alas;
Y azules resplandecen
Cual flores animadas,
Los pecés que en el seno
Habitan de las aguas.
Los sueños de una niña
Son nieblas azuladas
Que velan un oriente
De púrpura y de plata;
Y cuando celos siente
De azul se viste el alma.

Para terminar hoy mi tarea, al paso que os digo que el Circo ecuestre de M. Price está muy animado, os referiré una anécdota que no deja de ser original.

Figuraos que hay en la corte, entre otros, un matrimonio muy feliz. El y ella son jóvenes, se aman y la fortuna les sonríe. Pedir mas seria avaricia, y nadie podrá tachar de avaros á los jóvenes esposos.

Todos convienen en que no hay ventura completa, aunque la desventura sea momentánea, y fuerza es dar asenso á este axioma, puesto que la experiencia se empeña en no desvirtuarle.

Los dos esposos eran felices, como ya os hemos dicho; pero desde hace algunos dias comenzó á nublarle el astro de su dicha. El, que nunca abandonaba el hogar doméstico sin su esposa, salia por las mañanas solo, y no volvía hasta muy tarde. Despues se encerraba en su habitacion, y hasta las nueve de la noche no hablaba con su mitad mas que para rogarla que le acompañase al Circo ecuestre de M. Price, y allí aplaudia con entusiasmo indescribible lo mismo á las que á los ginetes.

— ¿Qué tendrá mi marido? se preguntaba la triste esposa, sin atreverse á decir su pregunta de un modo que pudieran contestarla.

Pasaron ocho dias, y en uno de los de la última semana, no pudiendo resistir á su impaciente curiosidad, se acercó al agujero de la cerradura del cuarto donde estaba su esposo, y la primera impresion que recibió la hizo temblar. Del techo de la habitacion pendian dos gruesas cuerdas con dos anillos en sus extremos inferiores. Agarrado á los anillos, su esposo daba vueltas y se levantaba á una altura considerable. Terminada esta operacion, le vió colocar un colchon en el suelo y comenzar á dar vueltas como las que Franck-Pastor da sobre su caballo.

— ¡Dios mio! exclamó la abatida esposa, se ha vuelto loco, ¿querrá atentar contra su vida?

Alejóse horrorizada.

Eran las ocho de la mañana, y un instante despues pidió su marido el carruaje.

— He de averiguar á dónde va, dijo ella; y mandó buscar un coche de plaza.

Cinco minutos despues, la segunda seguia al primero, parándose los dos á la puerta del Circo de Price.

El marido entró, dió la mano á casi todos los artistas que allí habia, se puso un traje de *ecuyer*, y montó en un caballo que le trajeron. Su esposa le veía sin ser vista, y comprendió que las distracciones de su marido eran

causadas por una violenta pasion que se habia desarrollado en él hácia los ejercicios ecuestres.

Respiró como quien sale de una terrible pesadilla, y se volvió á su casa.

Al día siguiente pidió á su marido que le enseñase á montar á caballo. Esta mutua inclinacion hácia un mismo objeto les ha devuelto la felicidad de una luna de miel momentáneamente eclipsada.

JUAN DE MADRID.

Madrid 30 de junio de 1861.

Incendio de Cotton's-Wharf en Londres.

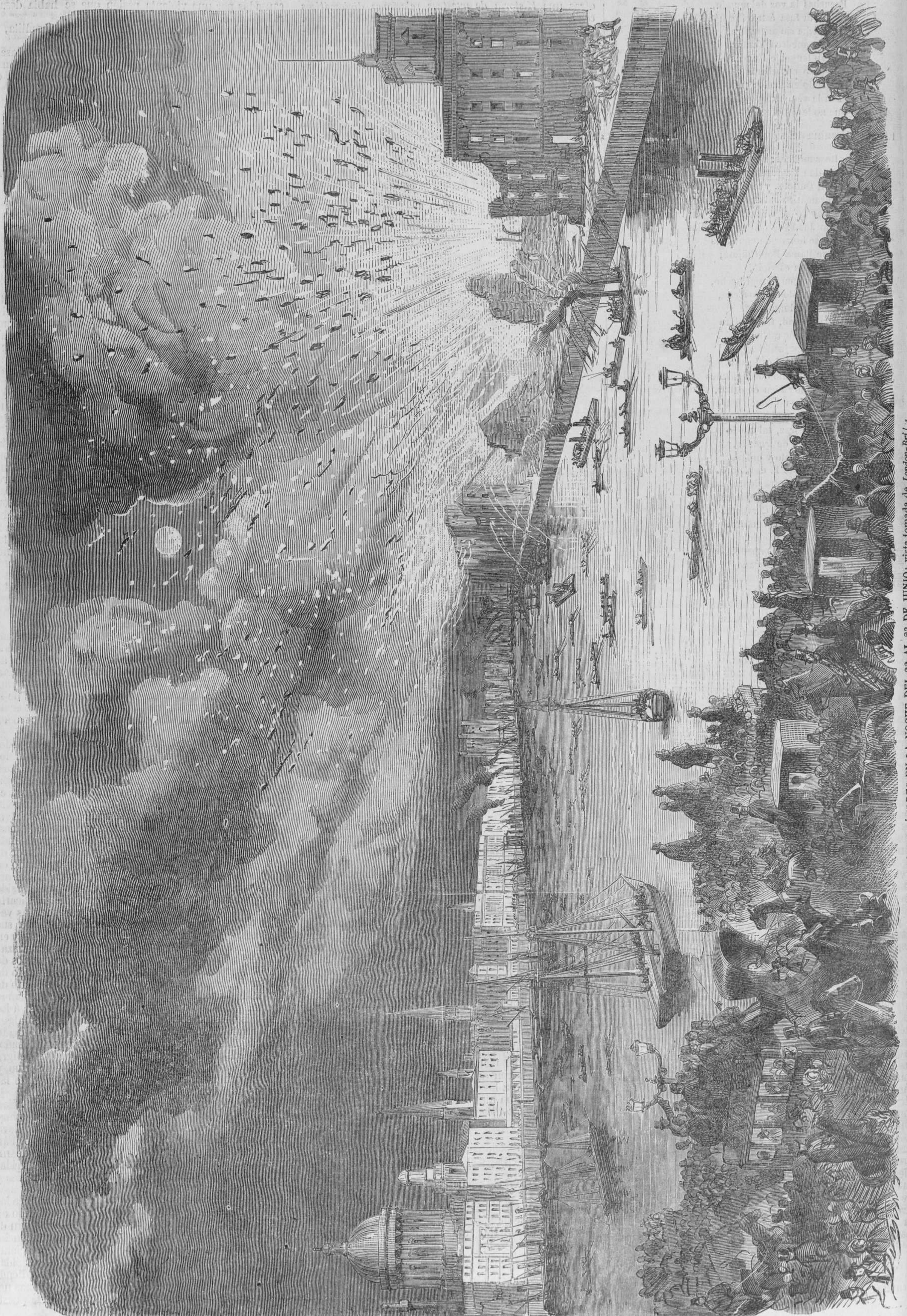
Londres 25 de junio.

Hace tres dias que estamos presenciando uno de esos espectáculos asoladores que dejan memoria eterna en el que los ve; aludo al gran incendio de que es presa desde el sábado 22 la parte de Londres que se encuentra á la izquierda del puente del mismo nombre en las orillas del Támesis. El incendio comenzó en el edificio en que estaba situado un pequeño desembarcadero conocido por el *muelle de los algodones*, y todos los edificios contiguos estaban ocupados por grandes almacenes atestados de este artículo, con otros no menos inflamables como sebo, aceites, turpentina, salitre, etc., de todo lo cual no quedan mas que ruinas envueltas en humo y llamas, que aun dado el caso de que logre cortarse su marcha destructora, tardarán ocho dias lo menos en apagarse. Es imposible dar una idea del aspecto que ofrecia el espectáculo hácia las doce de la noche del sábado en que estaba el incendio en todo su poder. La atmósfera se habia vuelto de color de fuego, y tanto las aguas del Támesis como los edificios de la opuesta orilla en que se encuentra la aduana, los buques en bahía, todo parecia envuelto en una inmensa conflagracion. Felizmente la noche estaba serena, que á haberse levantado viento hubieran parecido con la estacion del ferrocarril que está cercana, calles enteras de habitantes, reproduciéndose la escena del gran incendio de 1666, que abrasó la mayor parte de la cité de Londres; con la diferencia de que en este caso el fuego no pasaria á la parte del Este por hallarse el rio en medio. Todas las bombas de la poblacion, con las que á cada momento llegaban pedidas por telégrafo de los distritos vecinos, hacian el efecto de jeringas de chiquillos sobre esos montones de aterradoras llamas. Almacenes contruidos á prueba de fuego, con puertas y ventanas de hierro, sin madera alguna por donde aquel pudiera comunicarse, viéronse enrojecer gradualmente, hasta que al fin salió una explosion de llamas y escombros por ventanas y resquicios abiertos por ella. A pesar de que la distancia entre el fuego y la estacion del ferrocarril no es corta, apenas podian tocarse los cristales de sus ventanas, y los curiosos que en mil botecillos discurrían por el Támesis, aseguran que no podían pasar de la mitad del rio por no permitírsele el calor abrasador de la hoguera. Mas tarde sobrevino un nuevo peligro en que no se pensaba.

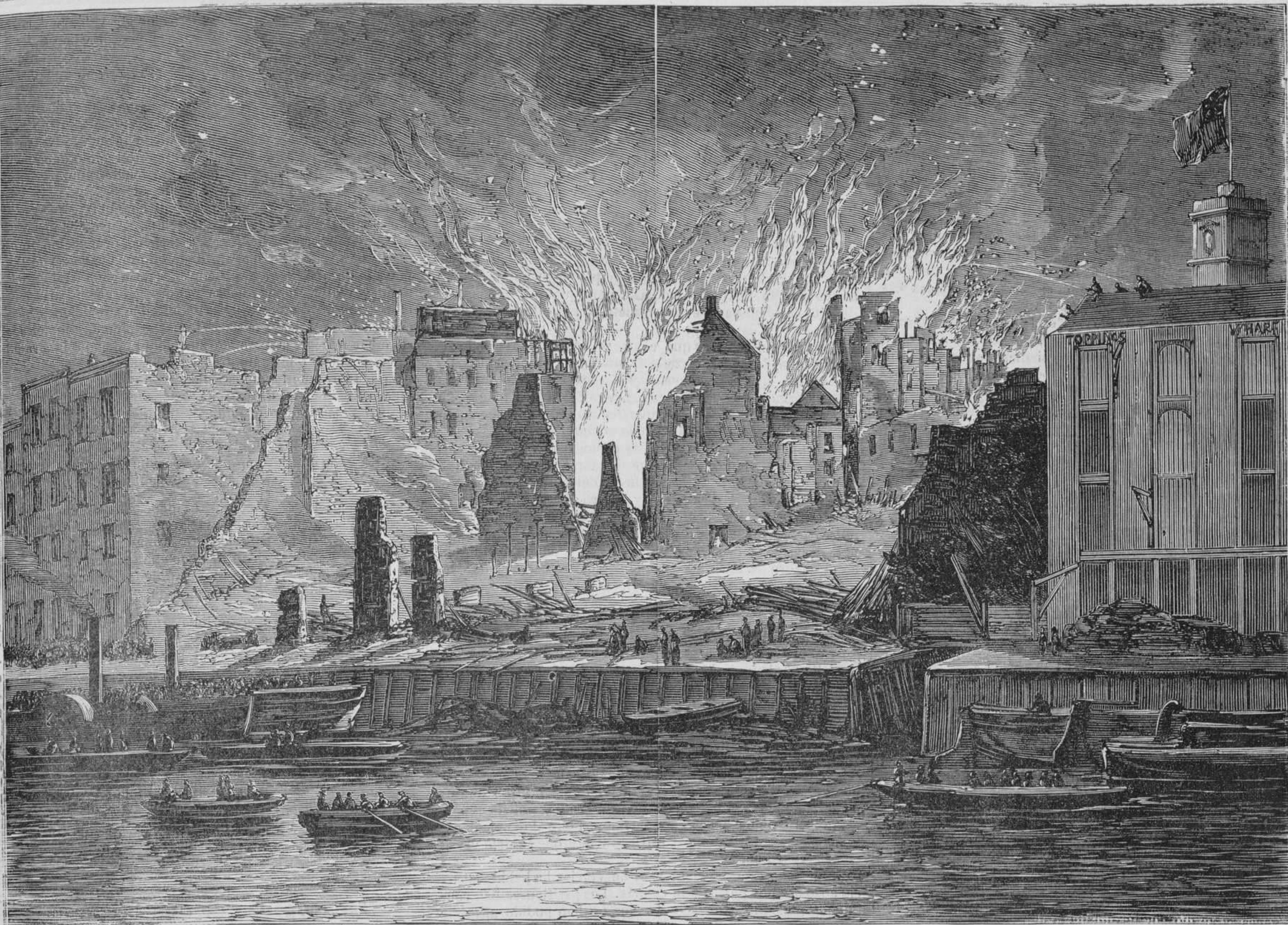
La mezcla de sebo, aceite, salitre, turpentina y demás artículos inflamables en tanta cantidad, con los centenares de toneladas de queso, azúcar, mantecas, tocinos, etc., hacinados en los almacenes, todo derretido, comenzó á salir en arroyos de fuego que iban á precipitarse al Támesis cuajado de barcos de todas clases, y los arroyos corrian de aquí para allí flotando sobre el agua, ó se estacionaban en grandes sábanas de llamas, irritadas mas y mas por el contacto del agua. Cuando las cosas llegaron á este punto se apoderó el terror de los tripulantes. Vióse un buque americano anclado en el Támesis ser besada su proa por las llamaradas del incendio sin poderse mover para huirlas, y hubiera sido pasto de ellas si otros buques no consiguieran sacarlo del peligro por medio de amarras. Veíanse arder las velas de otros, empleando la gente que los tripulaba sus esfuerzos, á un mismo tiempo en apagar las llamas y en huir de las cada vez mas asoladoras que los amenazaban. Allá un barquichuelo que se creia seguro lejos de la orilla, tripulado por tres hombres, vióse rodeado de una serpiente de fuego: la multitud lanzó un grito de horror; los hombres alzaron sus brazos al cielo pidiendo socorro, y cuando otro pequeño bote logró salvar á los tres, vióse desaparecer el barco en que estaban en algunos minutos, tan intensa era la llamarada producida por el líquido, que rechinando furioso los habia rodeado. Otro botecillo con un hombre á quien se vió en peligro semejante, se cree fueron pasto de las llamas uno y otro. La confusion era inmensa, y la excitacion de las decenas de millares de espectadores, indescriptible.

En la imposibilidad de dar á usted una relacion exacta de lo que ha sido esa escena de horror, pues hoy el fuego está ya limitado á cierta parte, que como llevo dicho tardará dias aun en extinguirse, concluyo. Fáltame únicamente cumplir la parte mas triste de mi mision, relatándole las desgracias personales ocurridas y muy especialmente la del director jefe de bomberos y distinguido ingeniero.

Este jefe era M. Braidwood, cuya muerte merece las simpatias de todo el mundo, ya por haber ocurrido en el ejercicio de su deber, que no solo los soldados han de monopolizar el heroísmo, sino por las circunstancias que le acompañaron. Dirigia aquel las operaciones en las primeras horas del incendio con la frialdad y precision que le eran características, acudiendo aquí y allá, en donde su presencia podia ser mas necesaria, ó recibiendo los mensajes que de cada puesto

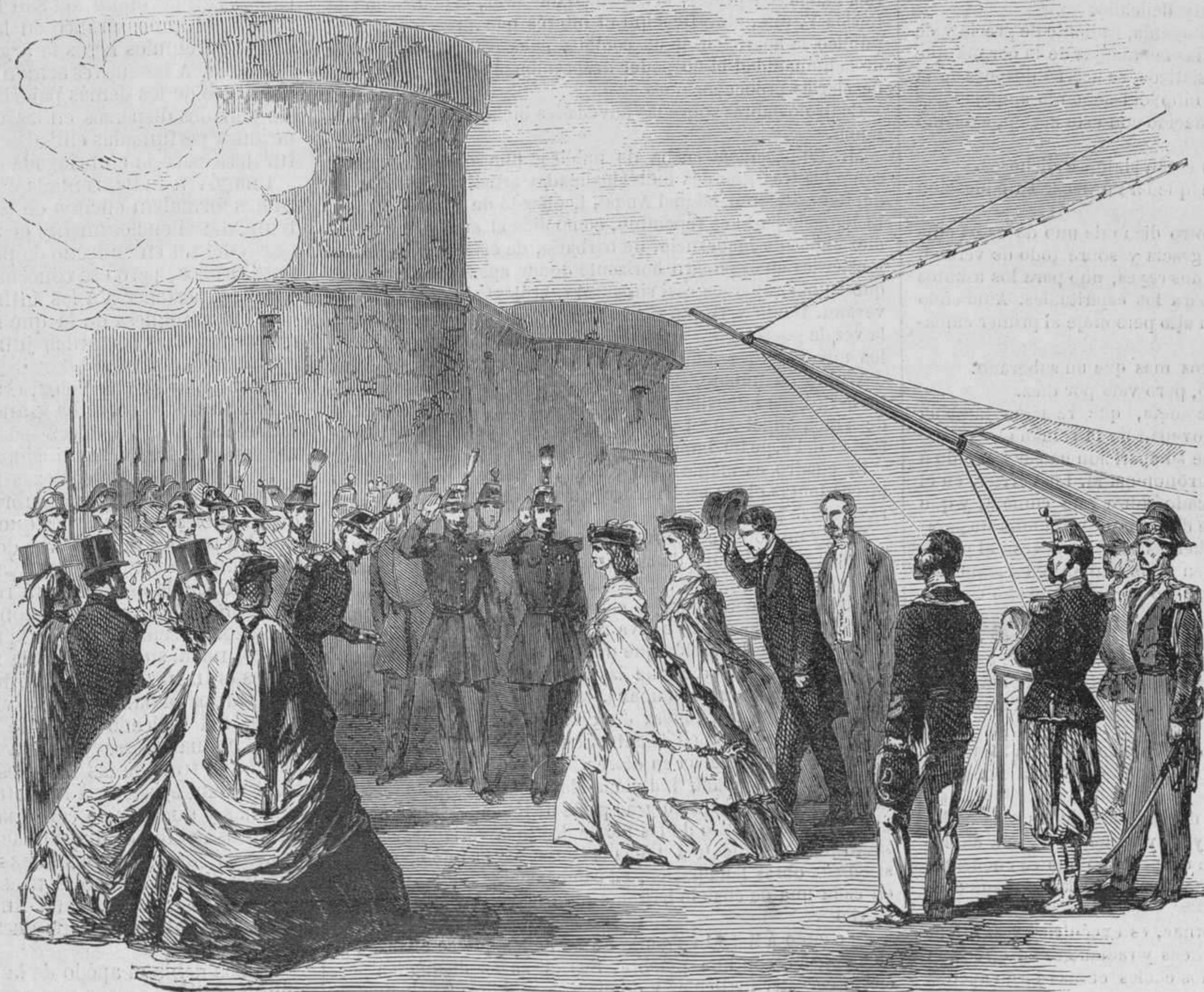


INCENDIO DE LONDRES EN LA NOCHE DEL 22 AL 23 DE JUNIO; vista tomada de London-Brit. L.



INCENDIO DE LÓNDRES : RUINAS DE COTTON'S-WHARF (muelle de los algodones).

le venian relativos á los progresos del fuego. Desde un principio habia predicho que este seria desastroso; y á pesar de haberse informado de que los almacenes encerraban materias que podian dar lugar á una explosion, no quiso abandonar su puesto. Habia visitado ya varias veces á cuatro de sus hombres que con una bomba hacian esfuerzos mauditos para limitar el fuego en cierto punto en que habia un depósito de algodones; y viendo el lamentable estado de cansancio á que aquellos estaban reducidos, dispuso que se les trajese alguna bebida que restaurase sus cansadas fuerzas, y estaba ocupado en servírsela por sí mismo, cuando una explosion terrible echó al suelo todo el frente de un edificio, envolviéndolo en sus ruinas con otro caballero que se cree le acompañaba. Los hombres se salvaron casi por milagro, dando testimonio de la obra de humanidad con que estaba cumpliendo su jefe cuando fué enterrado entre las ruinas. Otros dos hombres han muerto tambien, el uno de una caída, y el otro efecto de la cadena de una máquina que le partió la nuca. Cuatro mas han sido trasladados al



DESEMBARCO Y RECEPCION DEL CONDE Y LA CONDESA DE TRANI POR LAS AUTORIDADES DE CIVITA-VECCHIA.

hospital medio quemados y se cree no resistirán á sus dolores. Se ha pasado lista á los bomberos y ninguno falta; pero en cambio ha habido infinitas otras desgracias no justificadas aun por no haberse hallado los cadáveres. La ambicion de algunos por recoger la grasa en los botes, los hizo víctimas de ella. Cuatro jóvenes marineros iban en un bote que habian logrado casi llenar del sebo derretido que corria á torrentes, y el cual recogian y apagaban primero. Su ambicion estaba ya satisfecha cuando una serpentina ardiendo vino á rodearles incendiando instantáneamente la materia de que el bote estaba lleno. Los hombres se lanzaron al agua presa del mayor terror, pero ninguno salió de ella. Un inspector de policia dice que atestiguó cinco diferentes pérdidas de vida en esa noche, ya por medio del fuego ó del agua, todas de individuos que corrian á una muerte segura por recoger algunas libras de sebo. Las pérdidas son inmensas y se calculan sin exageracion en 3 millones de libras esterlinas, siendo necesarias solamente para levantar los edificios quemados, al menos medio millon de libras.

Revista de Paris.

Los embajadores siameses y el cometa: hé ahí las dos grandes preocupaciones de los habitantes de Paris en la última semana. Procediendo por orden, comenzaremos por dar cuenta de la recepción de los embajadores siameses en el gran salón de Enrique II en el palacio de Fontainebleau, teniendo á la vista el *Monitor*, pues la ceremonia es tan insólita, que sentimos la necesidad de ponernos á cubierto en nuestro extracto con las relaciones más fidedignas.

La recepción tuvo lugar á las cinco de la tarde del 27 del pasado con una magnificencia verdaderamente oriental. Todos los miembros de la embajada estaban ricamente vestidos con trajes y pantalones de brocado de oro, y todos llevaban un magnífico sable pendiente de un cinturón, cuya placa estaba adornada con un elefante de plata.

Al atravesar la puerta del salón donde estaban los emperadores con el príncipe imperial y rodeados de los más altos dignatarios de la corte, los enviados siameses se arrodillaron y se adelantaron andando arrodillados hasta la balaustrada, detrás de la cual se hallaba la corte imperial. Esta manera de andar, bastante difícil, lo era aun más para el primer embajador, que adornado con un sombrero cónico de anchas alas mal seguro sobre su cabeza, sostenía con las manos una gran copa de oro con pié, afiligranada, en la que estaban depositadas dos cajas, cada una de las cuales contenía la carta de uno de los reyes co-reinantes de Siam.

Después de haberse prosternado tres veces hasta tocar el suelo levantando al propio tiempo las manos por encima de la cabeza, el primer embajador leyó un discurso en lengua siamesa, comenzando por declarar que se presentaba en nombre de sus gracias y excelentes majestades Somdetch-Phra-Paramendr-Maha-Mongbut, supremo ó primer rey de Siam, y de su hermano menor Somdetch-Phra-Pawarendr-Ramesr-Mahiswarestr. Dió gracias al emperador por la cortesía de que tanto él como sus compañeros eran objeto, y luego subió penosamente de rodillas las gradas del trono para entregar las reales cartas de que era portador.

El emperador respondió á esta lectura con algunas frases benévolas que el misionero intérprete transmitió á los embajadores, quienes las acogieron prosternándose tres veces.

Entonces el primer embajador tomó la copa que contenía las cartas de sus dos soberanos, y de rodillas subió las gradas del trono para poner las cartas reales al alcance de la mano del emperador.

Su Majestad que parecía afectada con este ceremonial tan asiático, se levantó y tomó en la copa las dos cajitas que le estaban destinadas. Luego el embajador se volvió á su puesto andando siempre de rodillas y con las dificultades que son de suponer cuando es preciso subir y bajar escaleras.

En este momento toda la embajada se prosternó de nuevo tres veces, y se dió por terminada la audiencia oficial.

Entre los regalos enviados por los reyes de Siam á sus Majestades Imperiales, el *Monitor* señala una corona de filigrana de oro esmaltado, de una forma elegante y de un magnífico trabajo; un trono, un palanquin, unos arreos de caballo cubiertos de oro y de pedrerías, quitasoles de brocado, armas de diferentes clases, tazas y copas de oro macizo cubiertas de esmaltes, y riquísimas telas, objetos todos, añade el diario oficial, que anuncian una industria adelantada y un gusto siempre original y á veces muy delicado.

Su Majestad la emperatriz Eugenia, radiante de gracia y de hermosura y cubierta con todas las alhajas de la corona que había querido mostrar á los asiáticos, se acercó después de la ceremonia de la recepción al niño del segundo embajador y le dió un beso. El padre enternecido con esta acción, exclamó en su lengua:

— Ahora, hijo mío, tus días serán siempre dichosos.

Parece ser que este niño se quedará á hacer su educación en Francia.

Para concluir señalaremos otro dicho de uno de estos embajadores, que no carece de gracia y sobre todo de verdad.

Sabido es que en Siam hay dos reyes, uno para los asuntos temporales del reino y otro para los espirituales. Aludiendo á esta doble majestad, dijo un alto personaje al primer embajador siamés:

— Aquí no podemos ofrecerles más que un soberano.

— Ya lo sabemos, respondió, pero vale por diez.

Es tiempo de hablar del cometa, que reclama también nuestra atención como otra novedad de la semana.

Principiaremos por decir que su aparición ha sorprendido á todo el mundo, incluso los astrónomos. M. Le Verrier, en el curioso artículo que ha publicado sobre este cometa, y que trasladamos á continuación, se disculpa de esta falta de perspicacia con razones que no sabemos si convencerán al público, así como ignoramos también si obtendrán igual resultado sus reflexiones para probar que no es este el mismo cometa que el llamado de Carlos V. Incompetentes para pronunciarnos en cuestiones de esta clase, pasamos á publicar aquí el escrito de M. Le Verrier sobre el nuevo cometa:

«El grande y hermoso cometa que anteanoche empezó á dejarse ver en el horizonte de Paris, ha sido estudiado atentamente en el Observatorio imperial.

Al anochecer del 1° de julio el cometa estaba á 35 grados del polo, y todavía se le va aproximando. Toda la noche ha estado visible.

Este astro consta, como la mayor parte de los más bellos cometas, de un foco pequeño y muy brillante, de una aureola extensa y muy luminosa, de un penacho que se encuentra hacia la parte del sol y de una cola que lleva la dirección contraria.

El penacho, según M. Chacornac, es excéntrico y está formado por seis ramas curvilíneas y radiantes. La dirección curvilínea de estos radios, de los cuales el más largo apenas excede de un minuto de arco, es enteramente igual, lo que da al astro el aspecto de una pieza de fuegos artificiales en movi-

miento giratorio. La longitud de la cola es de unos 45 grados.

La luz en la parte superior del cometa es, aunque débilmente, muy parecida á la luz polar.

Algunos han preguntado si este nuevo y brillante cometa es el que se dejó ver trescientos años atrás, poco antes de la muerte de Carlos V, cometa cuya reaparición se ha anunciado repetidas veces en los últimos diez años. Los aficionados á lo maravilloso han contestado que no cabe duda alguna en este punto. Por nuestra parte creemos que no es tan fácil la respuesta.

El inteligente director del *Nautical Almanac* inglés, M. Hind, ha proporcionado á los astrónomos un cuadro de las distintas y muy variadas posiciones que podría ocupar el cometa llamado de Carlos V si reapareciera; y la indeterminación de la cuestión es tal, que se tienen grandes probabilidades de encontrar en este cuadro una posición que corresponda á todo nuevo cometa. Pero esto no basta para que se pueda colegir de aquí la identidad de este cometa con el calculado por M. Hind.

Sería preciso además que el nuevo cometa observado siguiera cada día la vía trazada de antemano en el cuadro. De otra suerte el astro observado y el astro calculado hubieran podido coincidir en un día dado; pero como al día siguiente y en los días consecutivos se marcharían cada uno por su lado, no habría en realidad nada de común entre ellos.

Pues bien; en las innumerables posiciones del cuadro calculado por M. Hind hay una que se adapta al cometa actual, tal como estaba situado al anochecer del 30 de junio; pero el movimiento que en las veinte y cuatro horas siguientes se señala en el cuadro, es completamente contrario al que se ha notado observando el actual cometa. Esta observación basta para desvanecer la analogía que se creyó haber encontrado en el cuadro de M. Hind entre el cometa actual y el de Carlos V.

Muchos extrañan que unos cometas tan brillantes se aparezcan súbitamente, y no los anuncien los astrónomos á lo menos un día antes de observarlos el público. La razón es muy obvia.

El día 29 de junio la distancia del cometa con respecto al polo era de unos 56 grados; se traspuso en el horizonte al mismo tiempo que el sol; de aquí es que no pudo ser visto. Pero el día 30 de junio el cometa, que tiene un movimiento rápido, había subido 12 grados hacia el Norte; y en tanto que el sol pasaba debajo del horizonte, el cometa se quedó arriba. Así es que fué visible para todos. Por esto en los partes telegráficas de Lisboa, Florencia, Turin, Roma y otros puntos correspondientes al día 29 de junio no se dió noticia alguna sobre la aparición del cometa, siendo así que al día siguiente todos hicieron referencia al astro brillante que se dejó ver al anochecer del 30.

Después de este artículo de M. Le Verrier ha habido silencio absoluto por parte de la ciencia. Los parisienses han continuado pidiendo explicaciones que no han podido alcanzar hasta el día, y como hay quien asegura en contra de M. Le Verrier que el cometa actual, próximo ya á desaparecer de nuestra vista, es el llamado de Carlos V, la cuestión ha quedado en suspenso.

Ya es tiempo sin embargo, de que la superstición y la ignorancia dejen de achacar á los cometas esa significación calamitosa que en los siglos pasados hubo de atribuirseles. ¿Cuántas cosas fatales no han anunciado los cometas? Guerras, hambres y pestes; el asesinato de César, la abdicación de Carlos V, etc., etc. De aquí el interés que presenta para el público la aparición de un cometa, pues está en la esencia de la humanidad el no poder desprenderse fácil y totalmente de ciertas preocupaciones.

Cuatro palabras sobre las novedades bibliográficas de la semana.

M. Ch. Clement acaba de publicar una obra interesante sobre las tres grandes individualidades artísticas de la época del Renacimiento, Miguel Angel, Leonardo de Vinci y Rafael. El Renacimiento es repentino, como dice el autor; al cabo de diez siglos de ignorancia, de barbarie, de esfuerzos inauditos y estériles en ese negro horizonte donde apenas asoman mas que ruinas, aparece casi sin aurora, brillante como un día de verano. Dante y Giotto abren esa era gloriosa y resucitan á la vez la poesía y las artes del dibujo. Después se presentan los más grandes hombres de los tiempos modernos; Colon descubre un mundo, Copérnico las leyes del universo, Gutenberg hace imposible la ignorancia; por último, Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael coronan el prodigioso monumento del espíritu humano.

El cuadro es mágico en verdad, y ningún otro período ofrece tantas obras espléndidas y tantos descubrimientos maravillosos.

Si hay un hombre que representa al Renacimiento con más brillantez que ninguno de sus contemporáneos es seguramente Miguel Angel.

Su carácter corre parejas con su genio. Su vida casi secular y prodigiosamente activa no tiene mancha, y en cuanto al artista nadie ha creído que pueda ser igualado. En su prodigiosa personalidad reúne las dos grandes facultades que dirigen á la naturaleza humana, la invención y la razón, una imaginación vasta y fogosa dirigida por un método preciso, firme y seguro. Miguel Angel es un gigante de aquellos que la antigüedad convertía en dioses.

Leonardo de Vinci, individualidad menos acentuada, no dejó de tener también su gran parte de influencia en la época en que vivió. Dotado de las facultades más variadas, se consagró particularmente á todas las cosas de la inteligencia, y si en sus obras falta pasión, en cambio se nota que se detuvo en cada una de ellas lo bastante para marcarlas con un sello eterno.

En cuanto á Rafael su genio no es de los que se analizan ó se explican con una palabra. Sus obras se distinguen por cierto carácter particular y dominante, y todo el que quiera juzgarlas debe hacerlo en su extraordinario conjunto y por la irresistible impresión que producen en el ánimo.

No hay duda que no es un creador atrevido, poderoso y sublime como Miguel Angel, pero también hay que considerar que este coloso debe quedar siempre, aparte en su incomparable y solitaria grandeza. Por lo demás, en aquellas de sus obras donde se muestra todo su pensamiento, el Rafael llega á demostrar el ideal que se propone de una manera perfecta.

Todo esto se halla tratado con detención en el libro de M. Clement, que ha estudiado atentamente el genio peculiar de cada uno de los tres grandes artistas, cuyos nombres componen el título de la obra.

Murger no podía sustraerse á la ley común que quiere que todo autor deje una obra póstuma; así, se han dado con su nombre últimamente las *Noches de invierno*, producción que no aumentará su fama y que sin duda no le habría sacado de la pobreza en que ha vivido siempre. ¡Cosa singular! en estos tiempos en que reina la fiebre del oro, Murger no hizo jamás el menor esfuerzo por salir de su humilde condición; escribía cuando la inspiración le hacía tomar la pluma, y nunca trató de crearse recursos forzando su talento. De aquí la gracia y la originalidad que se nota en sus obras.

En el tomo que tenemos á la vista hay una poesía que demuestra todo el talento y toda la sensibilidad de Murger; se titula *el Testamento*, y dice de este modo:

Je lègue sans retour ma fortune et mon bien
A celle dont le nom aux lèvres me revient
Comme un miel fait de plante amère...

Vous lui direz ma mort, et que c'est samedi
Qu'on doit me mettre en terre, onze heures pour midi;
Mais si, dans sa claire prunelle,
Une larme tremblait, rien qu'une seulement,
Vous pouvez déchirer en deux le testament:
Alors, ce ne serait pas elle.

(Dejo para siempre mi fortuna y mis bienes, — á aquella cuyo nombre acude á mis labios, — como una miel extraída de una planta amarga. — La direis mi muerte, y que el sábado, — entre once y doce deben enterrarme; — pero si en su clara pupila, — viniere á temblar una lágrima, una no más, — podeis hacer pedazos el testamento, — pues entonces, no sería ella).

Estos sentimientos son bien tristes; pero Murger no ha conocido otros. Lo incomprendible es que haya vivido, escrito y pensado para semejantes criaturas, sin querer emanciparse de ese mundo de la *bohemia* parisiense que ha sabido pintar con tanta maestría.

MARIANO URRABIETA.

La venganza de una iroquesa.

I.

Era á fines de 1802, y acababa de dar las seis de la tarde el reloj de la capillita de la aldea de Lachine, junto á Montreal, capital del bajo Canadá.

El sol sacudía sus madejas de oro sobre la frente de los corpulentos árboles que reflejaban sus melenudas cabezas en las ondas del San Lorenzo: la brisa murmuraba un himno seráfico en las espesas ramas y rizaba con sus trémulos besos la argentada superficie del hermoso río. A las suaves armonías del ruiseñor se asociaba el gorgojo de los demás pajarillos, y el lejano balido de los ganados dispersos en las vastas praderas: mil exhalaciones perfumadas embalsamaban el aire: toda la naturaleza parecía embriagada de amor y de ambrosía.

Una joven india, sentada al pié de una encina, cuyas ramas formaban encima de ella un dosel sombrío, contemplaba silenciosamente el magnífico espectáculo del ocaso del sol en su lecho de púrpura y de azul. Llamábase Oroboa, pero era conocida con el nombre de Flecha Veloz, y pertenecía á los últimos vástagos de esa belicosa raza iroquesa de la que se encuentran todavía algunas familias bastardas junto á San Luis, á algunas leguas de Montreal.

Oroboa, la Flecha Veloz, era una joven hermosa y varonil. Su rostro revelaba grande osadía; su talle parecía haber robado á la belleza todas las riquezas que concede avaramente aun á sus mismos privilegiados.

Un sombrero de cortezas fantásticamente adornado de conchas y de plumas cubría su cabellera, cuyos sedosos bucles, mas negros que el ébano, mas brillantes que los reflejos de las uvas de Corinto, caían en madejas sobre un cuello que parecía cincelado por las Gracias. En el fondo de esa cabellera resaltaban los contornos de un semblante en el que la nobleza de la expresión competía con la sensibilidad de la mirada. No había, sin embargo, nada simétrico en la fisonomía de Oroboa. Las líneas eran incorrectas, algo duras; pero en sus grandes ojos pardos radiaba la llama viva de la sensibilidad, y á través del delicado tejido de su cutis moreno se veía circular una sangre vigorosa y llena de ardor. Oroboa llevaba el traje de las mujeres de su tribu: una ligera túnica azul ajustada á la cintura con una guirnalda de conchas y guarnecida con una franja escarlata; en sus hombros flotaba el manto nacional; al rededor de sus muñecas corrían varias sargas de abalorios; unos borceguíes de costuras fantásticas aprisionaban sus piernas esbeltas y nerviosas, y su lindo pié se hallaba oculto por una zapatilla de paño encarnado bordado con perlas falsas.

Oroboa debía el apodo de la Flecha Veloz á la maravillosa agilidad de sus piernas.

Después de una media hora de mudo recogimiento, se levantó la india con presteza, y corriendo hacia la

playa, puso á flote una canoa de corteza, encallada en su dorada arena.

Cuando las mugientes olas vinieron á lamer la parte anterior del débil esquife, Oroboa saltó dentro y con algunos golpes de remo se alejó de la orilla.

Entonces acababa el sol de apagar sus fuegos en el horizonte, pero el tiempo había cambiado bruscamente: algunas gruesas nubes de un azul sombrío y de franjas cobrizas, se arrastraban hácia el Occidente: el concierto de los huéspedes de los bosques se había interrumpido: no se oía mas que el graznido de algunas aves acuáticas y el mugido de las aguas irritadas al estrellarse contra los arrecifes de las corrientes.

Muy pronto el viento se hizo fuerte é impetuoso. La iroquesa entre tanto había ganado la corriente del río y se dejaba ir rápidamente sin cuidarse de la tempestad que agrupaba sus amenazas en derredor suyo.

Su canoa, hábilmente dirigida, se deslizaba sobre los abismos con la temeraria ligereza de la golondrina, que salva volando la inmensidad de los mares.

Y la Flecha Veloz cantaba con voz lenta y mesurada: «¡Vuela, vuela, ágil canoa! No temas el ruido del viento, porque el Grande Espíritu vela sobre nosotros. El es mas poderoso que los huracanes y protege á la hija de la Serpiente Gris.

» ¡Vuela, vuela, ágil canoa! No temas á Matchimantu, porque yo le he ofrecido la sagacidad. Es perverso, pero está aplacado. El protege á la hija de la Serpiente Gris

» ¡Vuela, vuela, ágil canoa! He visto un varú en sueños. Pronto y con seguridad llegaremos á la ensenada del reposo, porque la voz del joven jefe de pálido rostro nos llama. El ama á la hija de la Serpiente Gris.

» ¡Vuela, vuela pues, ágil canoa! ¿No sientes que Oroboa te conduce, que su corazón arde en impaciencia, que tiene sed de ver, de escuchar su manitú? Porque la hija de la Serpiente Gris ama al joven jefe de pálido rostro.»

Al terminar la india esta estancia, una ráfaga mas violenta que las anteriores azotó de lado al esquife y lo arrojó contra una punta de roca á flor de agua.

La Flecha Veloz no tuvo tiempo mas que para asirse á las escabrosidades de la roca para no ser arrastrada en el abismo de las corrientes que mugían á poca distancia.

En cuanto á la canoa, no tardó en desaparecer en medio de un remolino de espuma. Se necesitaba un vigor muscular sobrehumano para resistir al furor de las aguas. Pero la iroquesa poseía ese vigor en el mas alto grado, y además estaba acostumbrada á semejantes naufragios. Aprovechando los últimos resplandores del día que se desvanecía insensiblemente bajo el manto de la noche y armándose de sangre fria, se arrastró tan pronto á nado como á pie entre los escollos, y despues de esfuerzos inauditos saltó en tierra á poca distancia del arroyo de la pradera de la Magdalena llamada hoy la Pradera.

Los vestidos de la Flecha Veloz chorreaban agua: la joven había perdido su lindo sombrero de corteza en su peligrosa travesía, y sus cabellos, libres de toda sujecion, flotaban esparcidos á merced del viento.

Sin tomar aliento cruzó el arroyo y se internó á través de aquella pantanosa llanura que se extendía hasta la capilla de San Lamberto. Aunque el intervalo era de unas cuatro millas y el suelo ofrecía mil obstáculos, como plantas enmarañadas, lianas entrelazadas y porciones de terreno movedizo y desmoronado, la Flecha Veloz empleó menos de cuarenta minutos en salvarlo.

Ella había conservado la religion supersticiosa de sus antepasados: sin embargo, las pompas sagradas del cristianismo causaban impresion en su ánimo, y cuando pasó por delante de la iglesia de San Lamberto, hizo, deteniéndose, la señal de la cruz y continuó despues su marcha rápidamente hasta llegar enfrente de la isla de Santa Elena.

II.

Arturo de Lery era hijo de un francés establecido en el Canadá á principios de 1775 y de una canadiense con quien se había casado el francés por el año de 1781. En la época en que principia esta historia tenia Arturo veinte años. Como hombre poseía grandes ventajas físicas; como individuo de la colonia inglesa, tenia en perspectiva una fortuna considerable.

Por desgracia un carácter frívolo y costumbres sobradamente fáciles podían oscurecer algun día el esplendor del cielo bajo el cual se deslizaba la existencia de Arturo. Su padre, honrado y severo comerciante, contemplaba con dolor el porvenir que se labraba inconsideradamente su único hijo. Muchas veces había tratado de atraerle á la razon por medio de consejos tan sabios como afectuosos; pero Arturo no había hecho caso de esas prudentes amonestaciones. Hasta el mismo rigor le había encontrado insensible, y continuaba su vida desarreglada con grande escándalo de los habitantes de Montreal. Sin embargo, el joven Lery, á pesar de sus defectos, se recomendaba por muchas cualidades que son del agrado de las mujeres. Era valiente hasta la temeridad, de una fuerza hercúlea, jinete infatigable, bailaba con elegancia, era un músico consumado y poseía el don de la palabra.

— Arturo es un amable calavera, decían ciertas damas caritativas, cuyas maneras se resentían de la disolución que el reinado de Luis XV había llevado hasta á la América setentrional.

Otras mas rígidas, y sobre todo mas viejas, le habían

desterrado de sus círculos y fulminaban contra su conducta todos los anatemas de la maledicencia.

Sucedió pues que un domingo del mes de abril de 1802 Arturo de Lery salvó la vida á una joven iroquesa de San Luis.

Hé aquí en qué circunstancias:

La iroquesa caminaba á lo largo de los malecones, cuando de repente, por una de las calles perpendiculares, salió corriendo un toro, á cuyos cuernos unos traviesos muchachos habían atado un pañuelo carmesí. El animal furioso embiste á la india, le da un topetazo en la region de las costillas falsas y la arroja desmayada en el San Lorenzo.

A excepcion de Arturo, que vagaba á orilla del río, los malecones estaban absolutamente desiertos, y fué aquel testigo del accidente ocurrido á la joven.

No consultando mas que su valor, se arrojó inmediatamente al agua, y despues de varias tentativas infructuosas, logró conducir á la india á la ribera.

La joven no daba señal alguna de vida, y de su herida corría la sangre en abundancia. Arturo la hizo transportar á casa de su padre, donde le fueron prodigados todos los cuidados que exigía su situacion. Recobró sus sentidos, y mas adelante la salud. Durante su convalecencia el joven Lery se enamoró de la que había salvado de la muerte. Confiando la joven iroquesa en la palabra de su libertador, y creyéndose quizá obligada por la gratitud, se abandonó al encanto del sentimiento que inspiraba. Despues, abrasada ya aquella naturaleza salvaje, sus pasiones no conocieron límites.

Amó como aman los caracteres incultos, ciegamente, con ardor, con frenesí.

Arturo, que en un principio se había complacido en hacer vibrar bajo sus dedos las cuerdas sensibles de aquel corazón virgen y entusiasta, se asustó luego de la violencia de los sonidos que producían.

Pensó que era preciso ir rompiendo poco á poco, y para ello indujo á su amante á que volviese al acantonamiento de San Luis, jurándole tener con ella frecuentes entrevistas.

La india le miraba como á un Dios; accedió á sus súplicas y volvió entre los suyos, sin figurarse que pudiera nunca engañarla.

III.

Volvamos á Oroboa.

Al llegar delante de la isla de Santa Elena, lanzó un grito de alegría, se echó al punto á nadar, describió una curva á fin de evitar la impetuosidad de la corriente, y fué á tomar tierra en una pequeña bahía al Sur de la isla.

Eran las once.

Las tinieblas de la noche tenían una densidad impenetrable, y el viento gemía lastimeramente á través de las ramas de los árboles seculares de que está plantada la isla.

La Flecha Veloz no se alarmó ni de la profundidad de las sombras ni de los gemidos de la tempestad. Lanzóse en la espesura, y asegurando su marcha con la facilidad de un nyctalope, llegó en linea recta á una cabaña situada en la orilla setentrional.

En esa cabaña, iluminada por una linterna, había un joven de bella apariencia sentado en tierra y con una escopeta entre las piernas, que acariciaba á un hermoso perro recostado al lado suyo.

Sin duda el perro conocía á la india, porque cuando esta entró en la choza, se levantó y salió á encontrarla con ladridos de alegría.

El joven no se movió, y una sonrisa de aburrimiento arqueó sus labios desdenosos, cuando la iroquesa, arrodillándose á sus pies, le besó las manos.

— Mi amigo perdonará á la Flecha Veloz que le haya hecho esperar, dijo la joven sin atreverse á levantar los ojos hácia el objeto de su veneracion.

— ¿Qué os ha sucedido? preguntó Arturo observando que los vestidos de la india estaban empapados en agua.

— La Flecha Veloz, respondió Oroboa, había ofrecido sacrificios á los grandes espíritus antes de marchar para honrar al manitú de su corazón, y los grandes espíritus han favorecido el viaje de la Flecha Veloz. Pero su ágil canoa de corteza ha perecido en la corriente de Atahensie, á quien había olvidado implorar.

— ¡Vuestra canoa ha zozobrado! dijo Arturo pensativo. El tono que dió á estas palabras revelaba de tal modo la fatiga, que Oroboa se estremeció.

— ¿Está mi amigo enojado con la Flecha Veloz? preguntó la joven dirigiendo por primera vez una mirada á Arturo.

— ¡Enojado yo! replicó este distraidamente: no por cierto.

Luego continuó con acento mas animado:

— ¿No eres tú la flor de mi alma, Oroboa? ¿No amo en tí todos esos atractivos que la naturaleza ha negado á las mujeres de mi raza? ¿Podría encontrarse en otra alguna cabellera mas abundante, talle mas aéreo ni cutis mas fino? Y esa intrepidez que te coloca al frente de las jóvenes de los valientes iroqueses y ese amor que ha sabido inspirarte, ¿no son las garantías mas seguras de la felicidad que me causa tu presencia?

No era preciso tanto para tranquilizar el ánimo receloso de la india, que resplandeciente de orgullo, cogió en las suyas las manos de Arturo.

— Quizá, dijo la joven, los huesos de mis padres estén irritados de mi amor á mi hermano de pálido rostro; pero á fin de aplacarlos inmolaré sobre su tumba tres

perros y otras tantas aves, y ofreceré á sus manes espiigas de maiz y collares de porcelana.

Lery no contestó: parecía como si una idea importante le asediara desde el principio de la conversacion.

— ¿Qué es lo que tiene mi muy querido hermano? dijo Oroboa echando de ver aquella distraccion.

— Tengo que anunciaros una triste nueva, respondió al fin Arturo.

Los ojos de la joven salvaje brillaron de un modo siniestro.

— Voy á verme obligado á separarme de vos, Oroboa, continuó Arturo con acento casi conmovido.

— ¡A separaros de mí! exclamó la iroquesa echando hácia atrás su frente.

— Si... por algunos meses.

Oroboa se puso pálida: levantóse en toda su altura, y cruzando los brazos sobre el pecho, dijo con voz trémula y entrecortada:

— El espíritu de los sueños no había mentido: el joven jefe de rostro pálido no ama ya á la hija de la Serpiente Gris. La hija de la Serpiente Gris se vengará.

— Yo volveré, balbuceó Lery.

La india movió la cabeza.

— El gamo que abandona á la hembra no vuelve ya á refrescarse con ella al mismo arroyo, dijo con rapidez. Hermano mio, tú no me amas ya: no añadas la mentira á la inconstancia. Pero acuérdate de que la hija de la Serpiente Gris se vengará. Ella te respetará porque la has salvado la vida; pero ¡infeliz de aquella que ha arrebatado tu amor á la Flecha Veloz!

Despues de esta amenaza que hizo temblar á su amante (porque este sabia la inflexible fidelidad con que los indios realizan una venganza) huyó Oroboa con la velocidad del rayo.

La aurora se desembarazaba de los vapores húmedos y blanquecinos del crepúsculo, cuando la joven llegó de regreso á la aldea de San Luis.

Tenia las facciones descompuestas, los vestidos empapados de agua y manchados de barro.

Un indio que parecía acochar su vuelta, la detuvo por el brazo en el momento en que ella levantaba la puerta de su wigowam. Era un hombre de elevada estatura, joven todavía, pero de exterior repugnante: su frente aplastada, su nariz prominente y su barba retirada hácia el cuello, le habían hecho apellidar Cabeza de Zorra.

Llevaba un extraño traje compuesto de oropeles y de plumas de vivos matices. Cubría su cabeza una especie de diadema de espinas de pescado, y de los cartílagos de su nariz pendían dos anillos sobre el pecho. Sus brazos y sus piernas pintarrajeadas representaban su moko con figuras burlescas y monstruosas. Ejercía en la tribu iroquesa de San Luis la profesion de hechicero.

— Cabeza de Zorra debe la verdad á la Flecha Veloz, dijo con un énfasis particular. Cabeza de Zorra ha consultado los Espíritus en tanto que la Flecha Veloz conversaba con el hijo de los enemigos de las cuatro naciones, y los Espíritus han dicho á Cabeza de Zorra que estaban reservadas espantosas catástrofes á los hijos de los Sagamos que mantienen relaciones con los pálidos rostros acampados al otro lado del Ladoanna.

— Los Espíritus ven claramente lo futuro, replicó sordamente Oroboa. ¡Infeliz Flecha Veloz! ¡Infeliz Flecha Veloz!

— ¿Porqué? dijo el hechicero. La Flecha Veloz es amada de los Espíritus, como el sol ama á la flor. Mi hermana ha sido insultada. Solo el infame que la ha herido incurrirá en el furor de Agaskin.

— ¿Y quién ha dicho á Cabeza de Zorra que habían insultado á la Flecha Veloz? exclamó sorprendida Oroboa.

— ¿Quién sino Valiche, que revela todos los secretos á los sacerdotes iroqueses!

— ¿Y qué ha revelado á Cabeza de Zorra?

El hechicero replicó agitando como un energúmeno:

— La Flecha Veloz ama á un hijo de los rostros pálidos: él la engaña porque quiere á otra, á quien llevará muy pronto á su cabaña, despues de haberla hecho su esposa.

— ¡Su esposa! no, exclamó la joven; no será su esposa. La Flecha Veloz se vengará.

— Yo sé un medio de vengarse, dijo el salvaje.

— Dímelo.

— ¿Y qué me dará la Flecha Veloz en recompensa?

— Todo lo que quiera Cabeza de Zorra.

— Cabeza de Zorra no quiere mas que una cosa, respondió el hechicero con ojos centelleantes de codicia; él ama á la Flecha Veloz, y si mi hermana consiente en ser el ornamento de su wigowam, le indicará el medio de perder al hijo de los rostros pálidos.

A esta proposicion contestó Oroboa con un gesto de disgusto. De repente y como si le acometiera un acceso de locura, exclamó atrayendo al hechicero á su cabaña:

— ¡Vén, vén! Quede vengada la Flecha Veloz y ella te pertenecerá.

IV.

Los salones están inundados de luz; el aire impregnado de olores exóticos; los acordes de un wals embriagador trasportan todos los corazones; el brillo de los adornos deslumbra la vista; las mujeres, animadas y enloquecidas, se entregan á la alegría; los hombres se agrupan en derredor suyo como un enjambre de abejas en torno de una floresta; el placer resplandeció en todas las miradas, se traduce en todas las frases, late en todos los pechos.

¡Oh! era una brillante reunion, en la que se celebra-

han los desposorios de dos jóvenes con quienes la naturaleza y la fortuna habían sido pródigas en extremo.

Tales eran, de seguro, Arturo de Lery y Malvina C.

¿Veis ahí á la jóven? ¿Qué pureza en aquella frente angelical! ¿Qué serenidad en aquellos ojos, castamente velados por largas pestañas! ¿Qué de promesas encierra aquella boca carmínea como la rosa de Bengala, húmeda y fresca como las lágrimas que la aurora derrama alegremente sobre las hijas de la vegetación! ¿Y qué ensueños no forjais al ver aquel tallo mas esbelto que el tallo del lirio, mas flexible que el cuero? ¿Dios mío! ¿Quién no admira los tesoros intelectuales que hacen presagiar tantas perfecciones físicas acumuladas en una misma persona y no envidia la felicidad de Arturo, que ocho dias despues iba á ser esposo de la encantadora Malvina!

Y así era la verdad, porque no obstante lo hermosas que eran las formas exteriores de Malvina, mucho mas bella era todavía su alma. Era el templo de la virtud, el joyero de las mas bri-



AGRIPINA CON LAS CENIZAS DE GERMANICO, por M. M...

llantes cualidades, el invernadero de la poesía. El wals seguía su curso, bailarines y bailarinas rivalizaban en alegría; pero ni Arturo ni Malvina tomaban parte en aquellos ruidosos regocijos.

Acababan de abandonar el salon. Apoyados uno en otro en el antepecho de un balcon situado detrás de los salones é iluminados por los resplandores de la luna que los admiraba en silencio, cambiaban una de esas conversaciones mimicas en que las frases se traducen por monosílabos y las palabras por suspiros.

¿Quién no recuerda uno de esos momentos tan fugitivos, tan escasos, verdes oasis que la Providencia coloca á veces á nuestro paso para ayudarnos á recorrer el desierto de la vida?

Muy desgraciado debe de ser el que no haya encontrado un sitio semejante para refrescar su ardorosa frente y reposar sus miembros abrumados de fatiga.

Pero mas desgraciado aun el que no aspira á ese breve sueño de los dolores terrestres y nunca ha gozado de él.

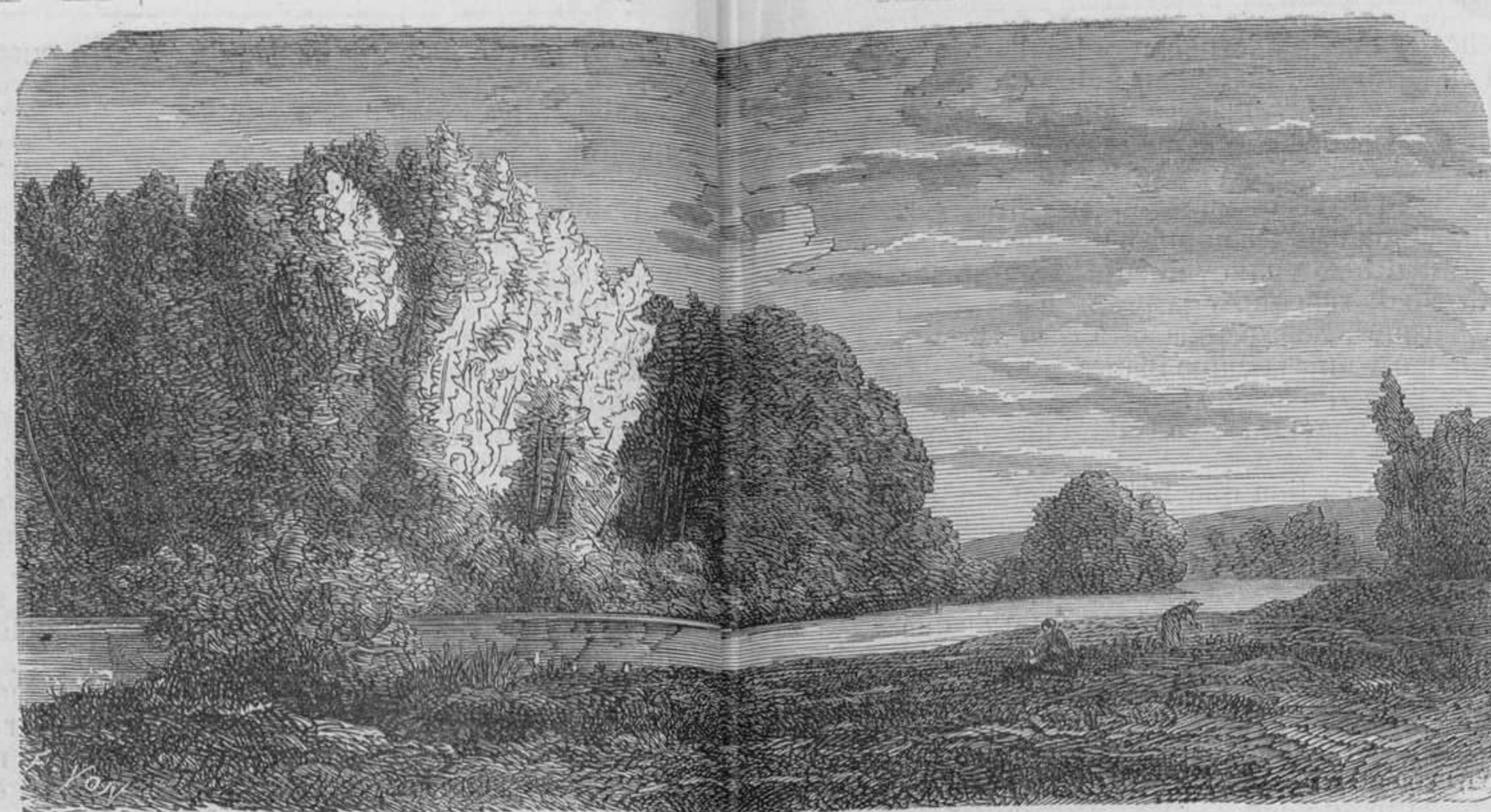
— ¡Ah! no creia que nos estuviere reservada tanta dicha, decia Arturo con acento apasionado.

— También yo, replicaba la jóven, doy gracias á Dios por la ventura que se digna concedernos. ¿Qué inagotable es su celestial bondad, y qué poco dignos somos nosotros de las gracias que con tanta profusion derrama sobre nuestras cabezas!

Lery estrechó la mano de su prometida contra su corazón, y ambos quedaron por algunos minutos arrobados en un éxtasis magnético.

De repente se estremeció Malvina.

— ¿Qué es eso? ¿Qué



LA ISLA DE VAUX EN AUVERS (Sena y Oise), por M. Daubigny.



LAS TRES CORONAS, por M. Reigner.



SANSON COGIDO POR LOS FILISTEOS, por M. Leon Glaize.

teneis, amada mia? exclamó Arturo sintiendo por el contacto de los dedos de la jóven el estremecimiento que recorría su cuerpo.

(Se concluirá.)

Exposición de 1864.

Un herrador en la baja Bretaña, por M. A. Leleux. — M. A. Leleux es uno de los amantes de la Bretaña y de la Normandía. Allí donde encuentra una choza, una casa vieja, una granja, considera que ha hallado una buena fortuna. En el cuadro que reproducimos se ven dos viajeros bretones que se han parado en casa del herrador. El uno sostiene la pata de su caballo y la presenta al golpe del martillo; el otro, apoyado en la pared de la humilde fragua, parece estar hablando con su montura que aguarda su turno. En el conjunto de esta escena se nota mucha armonía. M. Leleux ha manifestado aquí todas las cualidades de colorista que le distinguen.

Retrato ecuestre de S. A. el príncipe imperial, por M. Pichat. — Esta pintura acusa un manejo de pincel franco y entendido. El efecto del fondo, muy bien compuesto, presenta la notable circunstancia de que no perjudica en manera alguna al aspecto del personaje. El príncipe se destaca perfectamente; está muy parecido, y no carece de gracia y de soltura sobre su poney pio rojizo oscuro.

Las tres coronas, por M. Reigner. — Pintura fresca y encantadora como un bonito poema; muchos lienzos mayores fijan menos la atención del público. Hé aquí tres coronas, una de laureles,

otra de rosas (la gloria y la belleza), y la última de ciprés. [Rosas y laureles son arrastrados por la corriente del arroyo, en tanto que el ciprés se queda encerrado en una cruz. La Muerte inmóvil ve pasar todas las ambiciones y todos los amores. En esta composición hay bastante estudio. Al ver esta pintura recuerda uno involuntariamente las obras de Saint-Jean, el glorioso compatriota de M. Reigner, y quizá este recuerdo hace que parezca un poco tímido el pincel del artista.

La isla de Vaux en Auvers (Oise), por M. Daubigny. — Masa de mucho efecto. El espectador recibe una viva impresión producida por las líneas y las pálidas claridades de la luz horizontal que se deslizan sobre las aguas.

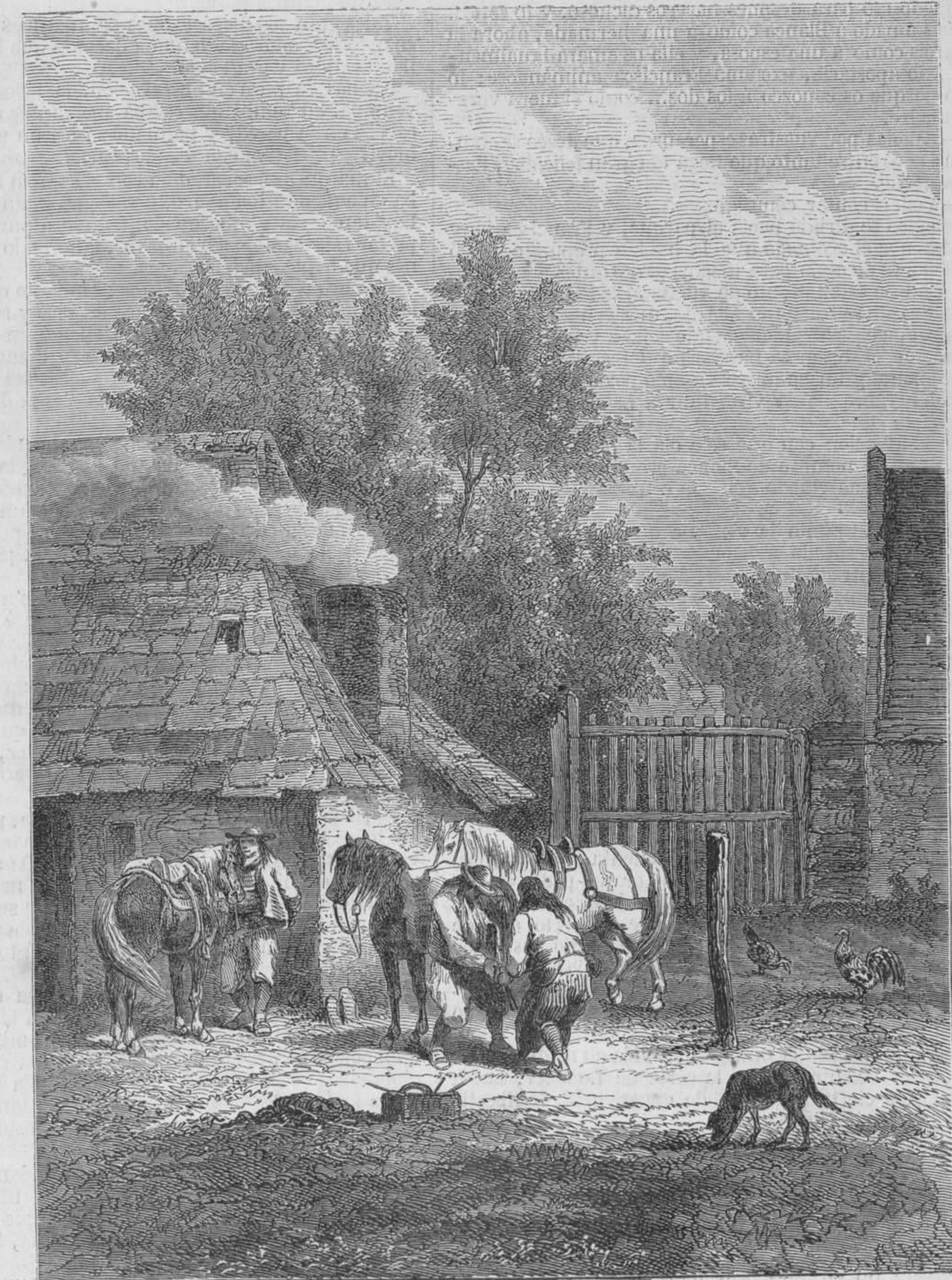
Samson cogido por los filisteos, por M. Leon Glaize. — Composición, dibujo y colorido de este cuadro, todo nos parece muy notable en razon á la edad del artista, que apenas cuenta diez y ocho años. M. Glaize no ha podido estudiar todavía la naturaleza. Se halla bajo la impresión del estudio de los maestros, pero podemos abrigar



NISIA EN EL BAÑO, por M. Aizelin.



RETRATO ECUESTRE DE S. A. EL PRINCIPE IMPERIAL, por M. Pichat.



UN HERRADOR EN LA BAJA BRETAÑA, por M. Leleux.

la esperanza de que este joven artista nos dará obras originales, cuando haya recibido las lecciones de la naturaleza que hoy le faltan.

Agripina con las cenizas de Germánico, estatua en mármol por M. Maillat. — Esta estatua que tiene velada la cabeza, se distingue por la habilidad de los paños, y se diría que su autor ha querido reunir en ella á la sencillez magistral de los antiguos las dificultades de ejecución propias de nuestro tiempo.

Nisia en el baño, estatua en mármol por M. Aizelin. — «Siempre sus mujeres esclavas la vieron en el baño envuelta en los pliegues de un largo velo.» Así dice el catálogo, y en este programa ha encontrado M. Aizelin el asunto para una estatua graciosa y de una ejecución esmerada.

A. M.

LEANDRO.

(Conclusion.)

IV.

Leandro y Francisca salieron, y apenas se hallaron en la calle cuando esta última, bajo la impresión todavía del secreto que le había sido confiado, y temiendo no haber comprendido bien, exclamó:

— Pero ¿es bien cierto lo que me habeis dicho?

Leandro dió á Francisca las explicaciones mas propias para satisfacerla; la recordó el desgraciado fin de aquel hombre tan joven todavía cuya muerte ella misma le anunció; la cruel impresión que esta noticia le había producido, y su salida inmediata para ir á socorrer al infortunado.

— Y aun me acuerdo de vuestro semblante al volver á casa, dijo Francisca recobrando la memoria de lo ocurrido; casi me dió miedo.

Leandro prometió á su criada enseñarla la carta que el infeliz Roger le había escrito para recomendarle su hija.

— ¡Ah! No habeis olvidado su recomendación... ¡Pobre niña!... Bien cuidada ha estado; nadie habría podido sospechar que no era una hermana... Dios ha querido todo eso para despues haceros dichoso, y lo sereis. Habeis amado á Blanca como á una hermana, ahora la amareis como á una esposa, y ella os amará igualmente.... lo apostaria, exclamó Francisca animándose; lo digo porque os conozco á los dos... como si fuera vuestra madre.

— Gracias por vuestras esperanzas, que deseo se cumplan; pero entre tanto que llega esa gran felicidad, hasta la noche.

— Podeis contar conmigo.

Leandro se dirigió hácia el parque, y Francisca muy gozosa por el acomodo que la habían propuesto, tomó un sendero de atajo para llegar cuanto antes á su destino, á fin de estar pronto de vuelta al lado de Blanca.

En cuanto se hubieron alejado, una ventana de aquella antigua casa abandonada que dejaba ver su desnudez al lado de la hermosa habitación del artista, se abrió suavemente y un hombre se asomó por ella.

Este hombre había visto salir á Leandro y á Francisca.

En la atención con que esta oía la relación de Leandro, y en el nombre de Blanca pronunciado repetidas veces, había adivinado que esta conversación podía interesarle.

Cerrando al punto la ventana que acababa de abrir, se había apresurado á bajar y se había acercado á la puerta de entrada de la casa, á la cual habían llegado hablando Francisca y Leandro sin sospechar que detrás de aquella puerta alguien los escuchaba.

Sea como quiera, esta persona acababa de saber que Francisca iba á ver á una enferma, y que volvería á eso de las nueve á fin de que la joven estuviese sola el menor tiempo posible en la ausencia del artista.

¿Quién era este hombre que espía así las interioridades de la casa de Leandro?

Este hombre era el marqués de Neuville, el mismo que había visto á Leandro en la mañana de aquel día para decirle que le acompañara á casa del duque de Avranches.

El marqués tenía á la sazón cincuenta y cinco años, pero trataba de disimularlos lo mejor que podía.

Su cabello, siempre empolvado, daba á su fisonomía, hermosa y alegre por naturaleza, cierto aire de frescura y de juventud que le habría hecho pasar por un hombre de treinta y cinco años. Su traje era elegante; llevaba sus vestidos con mucha distinción, y se entregaba á las aventuras galantes con tanto ardor, como si estuviera en sus años juveniles.

Habiendo pasado la mitad de su vida en medio de las licenciosas costumbres de la corte de Luis XV, había conservado cierta provision de experiencia, de libertinaje y de medios de seducción.

Hacia mas de dos meses que el marqués de Neuville se había apoderado de la casa abandonada, y el lector habrá adivinado ya que había sido atraído por los hechizos de Blanca.

El marqués de Neuville había tomado la costumbre de hacer de tiempo en tiempo á Leandro una visita de aficionado. En efecto, le gustaban las artes, y solía pensar su protección á los artistas.

Un día del mes de agosto de 1785 había ido á ver á Leandro, y por primera vez Blanca se había mostrado á sus miradas, pero sin que esta hubiese fijado su atención en él.

La joven se encontraba al extremo del jardín y había subido á un banquillo para cortar varias ramitas en las enredaderas que guarnecían la pared del fondo.

El marqués se había quedado deslumbrado por la figura de su esbelto talle y por el aire tan elegante y gracioso de toda su persona.

Estuvo á punto de lanzar una exclamación de entusiasmo; pero se contuvo porque se hallaba al lado del artista.

Sin embargo, como había visto que Leandro había observado la atención con que miraba á Blanca, juzgó prudente decirle que su hermana era una joven encantadora.

Leandro le respondió con tanto laconismo y dignidad, que el marqués no habría cometido la torpeza de insistir en hablar de Blanca, y así fué que continuó la conversación principiada, y despues de aquel día no se volvió á presentar en casa del artista.

Sin embargo, el recuerdo de aquella joven que apenas había visto, quedó grabado en su mente. Y no es esto decir que aquel recuerdo hubiese causado en él algun desorden; el marqués de Neuville había corrido mucho mundo para sentir de repente un amor verdadero. Para él las aventuras amorosas eran moneda muy corriente. Por esta razón había pensado que aquella casa ruinosa que justamente tenía una ventana enfrente de la del cuarto de la joven, podría serle útil.

El marqués había acudido tres veces á la ventana desde que había tomado posesión de la casa, y nunca la joven había mirado hácia aquel sitio. Blanca iba y venia por su aposento, y abría y cerraba su ventana con indiferencia y abandono, sin recelar que nadie mas que Leandro pudiese ocuparse de ella.

En suma, Blanca conocía al marqués de Neuville de nombre nada mas, y porque Leandro había hablado de él como de un aficionado á las artes.

Esta indiferencia sin embargo, precisamente porque no era afectada, acabó por seducir al marqués, quien se propuso descubrir si en aquella joven de un aspecto tan inocente había un corazón capaz de emociones. Por el momento, debemos confesarlo así, era pues una simple curiosidad psicológica, y los sucesos le daban ocasión de satisfacerla; acababa de saber que Blanca estaría sola durante algunas horas.

Tales eran las disposiciones del marqués de Neuville cuando se asomó á la ventana despues que hubieron salido Leandro y Francisca.

Apenas se puso en observación, la joven salió á su ventana. Su semblante estaba melancólico; apoyó su cabeza en la pared, y permaneció así un momento inmóvil y pensativa con los ojos bajos.

El marqués se sorprendió con el cambio que observaba en aquella niña ayer tan risueña y tan indiferente, hoy tan seria y preocupada. Estuvo á punto de interpretar este cambio en su favor, ignorando las emociones que había sufrido Blanca.

El marqués estaba en este pensamiento cuando quiso la casualidad que Blanca alzara los ojos y se encontrase con su mirada. El marqués se afirmó en su idea, se imaginó que la joven había fijado su atención en él, y en su vanidad llegó á figurarse que Blanca estando sola se asomaba á su ventana para que él la dijera alguna cosa.

Animado por esta suposición y sabiendo que nadie podía verle ni oírle, se inclinó fuera de la ventana, y con los ademanes mas apasionados exclamó:

— ¡Joven hechicera, compadeceos de un pobre loco que os adora. ¡Oh! No sois inhumana; poseer vuestro amor es el sueño de mi alma en delirio... ¡Si me rechazais, mi único refugio será la muerte!...

Blanca se hallaba tan sumergida en sus meditaciones, que al punto no comprendió si era á ella á quien se dirigía aquel hombre que acababa de ver sin mirarle; pero sorprendida luego con aquella aparición repentina, se apartó de la ventana avergonzada de no haberlo hecho desde luego. Por último, un sentimiento de espanto la sobrecogió cuando vino á reflexionar que aquel desconocido á quien veía por la primera vez, parecía hablarla por el contrario como si la conociera hacia mucho tiempo.

— ¡Esperaba pues una ocasión, se decía, para dirigirme todas esas palabras!... ¡Había espionado todos mis movimientos!... ¡sabía cuando Leandro estaba ausente!... ¡Habita por mi esa casa que yo creía sin nadie!...

Y Blanca se entristeció mas y mas, y su corazón se turbó profundamente con la vecindad de un hombre que hasta entonces se había ocultado á todas las miradas.

Sin embargo, sea que el alma humana se incline á conocer la causa de sus impresiones, aun las mas penosas, para familiarizarse con ellas y combatirlas, sea que por el contrario, subyugada por esa causa se vea obligada á ceder, Blanca se sintió atraída á pesar suyo hácia la ventana de donde se alejó con tanta presteza. Se acercó pues, y levantó la cortina lo justo para poder mirar.

El marqués de Neuville no había abandonado su ventana y tenía clavados sus ojos en la de Blanca. Había estado esperando, bien persuadido de que la joven no había huido para siempre y que volvería, tan bien conocía el corazón femenino.

Blanca, despues de haberle examinado un instante, se tranquilizó. La riqueza de los vestidos del marqués de

Neuville, los encajes que le adornaban y los diamantes que brillaban en sus dedos, no podían indicar mas que un hombre bien educado. Además, su semblante le pareció agradable y risueño, con una expresión de bondad muy señalada.

En tanto que hacia todas estas reflexiones para calmar su espanto, su mano derecha que tenía un poco levantada la cortinilla, hizo un movimiento involuntario, la cortina se apartó de repente, y la joven se descubrió á los ojos del marqués. No esperaba otra cosa: pronto como un relámpago y antes de que Blanca hubiera podido ocultarse de nuevo, exclamó:

— Gracias, gracias, ángel mio; yo trataré de que nos veamos.

La joven dejó caer la cortina que había separado imprudentemente, confusa por haber sido sorprendida en su curiosidad y turbada con las palabras que había oído.

El marqués de Neuville cerró su ventana á fin de que aquella casa pareciera estar siempre en el mismo estado de abandono, y luego se alejó rápidamente.

Eran las cuatro; el sol bajaba en el horizonte y pronto iba á desaparecer de una selva sin follaje y sin verdura que domina la fuente de los Suizos. Pero antes de ocultarse lanzaba, á través de aquellos bosques ennegrecidos y despojados por los primeros frios, sus últimos rayos sobre la iglesia de San Luis, ese monumento religioso que Luis XV hizo levantar en Versalles.

Dos personas se encontraban á la sazón en la iglesia: Leandro, el artista, que iba á pedir inspiraciones á Dios despues de haber ido á buscarlas en medio de las maravillas que Luis XIV, el rey fastuoso, había esparcido abundantemente en el parque y en el palacio; y Blanca, la joven que despues de las emociones de aquel día acudía á pedir la calma y el acierto al Dispensador de todos los bienes.

Leandro estaba ya en el templo cuando Blanca llegó. Así que la distinguió se ocultó, extrañado y conmovido, detrás de uno de los macizos pilares que sostienen la bóveda, y de allí examinó á la joven.

Blanca había entrado por la puerta lateral de la derecha, á cuyo lado se encuentra detrás del altar mayor la capilla de la Santa Virgen, á la que tenía la joven una devoción particular. En esa soledad aparte en medio de la gran soledad de la iglesia se arrodilló la joven.

Grande era su recogimiento en la oración. Su alma estaba toda en Dios, y su rostro manifestaba la felicidad apacible de su alma.

Pero poco á poco se fué poniendo triste y comenzó á llorar.

Leandro que había aprendido á leer en su corazón, adivinó que la joven huérfana oraba una segunda vez por su padre y su madre. En su tristeza y en toda su actitud se notaba la resignación de la separación eterna, la resignación de la fe.

Despues de haber orado por aquellos que ya no existían, la joven oró por el que Dios la había enviado sobre la tierra para que fuese su único amparo. Al recuerdo del artista se sintió renacer. Su cuerpo que hasta entonces había estado doblegado, se enderezó insensiblemente como se endereza un arbusto cuando ha pasado el huracán; su frente se ostentaba serena y venturosa; sus ojos sonreían como sus labios, y su boca parecía pronunciar un nombre amado. La dulce esperanza inundaba á la huérfana con sus rayos mas suaves, y la acariciaba con sus mas halagüeñas ilusiones.

Por esto permanecía inmóvil en medio de los rayos de esperanza que la cercaban por todas partes como con una aureola resplandeciente. Habriase dicho que temía desvanecer con el menor movimiento el hechizo en que se hallaba envuelta.

En este instante su rostro tenía una expresión tan sublime, su hermosura brillaba de un modo tan sobrenatural, que Leandro se creyó bajo el imperio de una alucinación que le engañaba. No veía á Blanca ya, sino á la Esperanza personificada en la joven.

— Sí, se dijo de repente el artista inspirado; sí, esa es la Esperanza, hija del cielo, tal como yo la concibo y no como está representada en ese mármol que tengo ante mis ojos.

Y el joven miraba á una de las tres estatuas que se hallaban en aquella época en la capilla de la Virgen, y que representaban la Fe, la Esperanza y la Caridad, estatuas que desaparecieron en la tormenta revolucionaria del 93.

Blanca se levantó; acababa de notar que se ponía oscura la iglesia. Hizo la señal de la cruz, se inclinó profundamente ante la imagen de la Virgen y salió.

En cuanto estuvo fuera, las mismas inquietudes que había tenido á la ida se apoderaron de ella. Por eso marchaba con paso rápido, eligiendo no los senderos mejor tratados y mas cómodos, sino el camino mas corto y directo, saltando por encima de los matorrales y las desigualdades de terreno que encontraba al paso, y que las lluvias de noviembre habían llenado de agua.

Leandro la seguía, marchando á cierta distancia detrás de ella para no asustarla con el ruido de sus pasos, pero de manera tambien que pudiese estar á su alcance en caso que fuese necesaria su presencia.

La joven caminaba sin volverse, y pronto llegó á su casa. Al pasar delante de la ventana donde se había mostrado el marqués de Neuville, no pudo menos de turbarse. Aceleró el paso y penetró en su vivienda cerrando la puerta con suma precipitación.

Leandro advirtió la rapidez de este movimiento, pero le atribuyó á un sentimiento de espanto bastante natural en una joven que nunca había salido sola.

Leandro llegó algunos instantes después de Blanca.
— Me has hecho andar bien de prisa, le dijo al entrar con tono cariñoso.

— ¿Me has visto?

— Sí, venía detrás de tí.

— ¿De veras?... He tenido miedo, ¿no es verdad? No me rías; he creído que debía ir á rezar por mis padres á la iglesia.

— Y has hecho bien; yo también he estado en la iglesia. Sí; y he visto arrodillada y llorando á una jóven tan hermosa, que he creído que estaba viendo á la Esperanza personificada. Muy feliz he sido en ese instante, feliz porque te veía, Blanca, pues eras tú, y feliz por haber hallado, al mirarte, la expresión que trataba de dar á esta estatua que representa una de las tres virtudes teológicas. Ya tengo la Fe, continuó el artista; sí, la tengo aquí, en mi cabeza; la ví un día que tú rezabas, y ahora me acabas de mostrar la Esperanza. No me falta más que la Caridad. El invierno se acerca, y algún día, pronto seguramente, me darás á conocer esta tercera virtud, y entonces verás las tres estatuas que están en San Luis, frías como el mármol, reemplazadas por las de Leandro.

— ¡Oh! Dios nos bendecirá, exclamó la jóven, porque tus pensamientos son grandes y generosos.

— Tú me los inspiras. Pero dime, Blanca, ¿quién te había trasfigurado así á mis ojos en Esperanza, en virgen del cielo?

— Estaba orando cuando de repente una esperanza viva me ha inundado de felicidad.

— ¿Qué nombre es el que has pronunciado en tu oración? Sé cuál es, en vano querías ocultármelo.

— ¿Quién te le ha dicho? repuso la jóven bajando los ojos.

— Tú, Blanca.

— Yo no te he hablado.

— Pero has hablado á Dios y te he oído, y como tú he sentido un júbilo inexplicable.

— ¿Y esperas con tanta fe como yo, Leandro?

— ¡Oh! sí, sí... con toda mi alma, respondió el artista con pasión tomando la mano de la jóven.

— ¡Leandro! dijo esta suavemente sin fuerzas para retirar su mano.

Y atraídos el uno hácia el otro por un impulso irresistible se iban á hacer una tierna confesión... pero esta confesión espiró al borde de sus labios.

Sin embargo, desde aquel instante comprendieron que se amaban, y hasta les pareció que no habían debido darse el nombre de hermano y de hermana más que para dar tiempo á su amor de que creciera y se purificara bajo la protección y la santidad del amor filial.

V.

La noche había llegado. Las horas habían huido con una rapidez inusitada para Leandro y para Blanca, embriagados con esa felicidad vaga, indefinida que disfrutaban dos almas que se aman sin habérselo declarado, y que sería el paraíso si pudiera durar siempre.

En breve se oyó á lo lejos el ruido de un coche que se acercaba: era un carruaje que el marqués de Neuville había prometido enviar al artista y que en efecto se detuvo en su puerta.

Leandro se dispuso á salir, y cuando estuvo pronto, Blanca se acercó á él tímidamente y le dijo:

— Estoy muy triste, Leandro.

— Es la primera noche que paso lejos de tí, y yo también estoy triste, repuso Leandro. Desearía no tener que salir; sin embargo, sería una ingratitud que yo no correspondiese con presteza á la invitación del duque de Avranches y al obsequio del marqués de Neuville.

— Lo sé, dijo la jóven con resignación. Pero trata de estar aquí lo más pronto que puedas.

— Lo haré así, hermanita. Por lo demás, nada tienes que temer aquí. Todo está bien cerrado, y no tardará en llegar Francisca. Ya sabes cuán exacta es.

Leandro dió un beso á Blanca en la frente, y esta tomó con avidez las dos manos del jóven como si quisiera impedirle que saliera.

En aquel apretón de manos, que prolongó el beso del artista, hubo para ella como el presentimiento de un infausto suceso que la era imposible definir.

El artista subió al carruaje y se alejó rápidamente.

Tres personas prestaban un oído atento al ruido de este coche.

Leandro se alejaba con un bienestar inexplicable; se forjaba sueños de gloria para él, y sobre todo de felicidad para Blanca, á quien amaba locamente, sabiendo que ella le correspondía. De este modo llegó al palacio del marqués de Neuville, sito en el boulevard de la Reina.

Le dijeron que el marqués se había visto precisado á salir; pero sus criados tenían orden de conducir al artista á casa del duque de Avranches, si se cansaba de esperar.

Leandro se sentó en un rico sofá de seda y oro, cerca de una hermosa lumbre, y dió rienda suelta á su imaginación que le trasportó en breve al país de los sueños dorados al lado de Blanca.

Pero en tanto que Leandro se disponía una existencia aparte toda de ilusiones, Blanca se había quedado en el mismo sitio donde él la dejara. Al oír el ruido del coche que se alejaba, la pareció que su felicidad huía también, y cuando cesó enteramente aquel ruido, se imaginó que su felicidad había desaparecido para siempre.

No se encontrará exagerado este dolor mudo, profundo, lleno de siniestros presentimientos, si se recuerda qué emociones había sufrido durante el día aquella jóven de una sensibilidad de organización tan delicada.

Así no es de extrañar que al verse sola por primera vez, de noche en una casa aislada y silenciosa, se sintiera sobrecogida de terror, y que de resultados de esta disposición de ánimo recordara las sensaciones más penosas entre todas aquellas que había experimentado.

Pensó en la muerte de su padre que había ocurrido trece años hacía en aquella misma noche; pensó en la relación de Leandro y en su posición de huérfana; y sobre todo pensó en aquel hombre, en aquel desconocido que aparecía á sus ojos de repente y que quizá en aquel momento estaba enfrente de ella y la espiaba.

Blanca estaba de pié, oprimida, como clavada en su puesto bajo la influencia de un terror que no podía dominar, y sin atreverse á hacer un movimiento.

Había una tercera persona que escuchaba con no menos atención el ruido del coche en que Leandro se alejaba; era el marqués de Neuville que estaba oculto en uno de los extremos de la pared que servía de cerca al jardín del artista.

Después de la conversación entre Leandro y su criada que la casualidad le había hecho oír, el marqués de Neuville había resuelto aprovecharse de este feliz concurso de circunstancias que parecía animarle á que se introdujera en casa de Blanca.

En sus exploraciones anteriores al rededor del jardín había descubierto una puertecilla falsa medio oculta entre las malezas que cubrían la pared, y había visto que se abría sin esfuerzo alguno.

Además, habiendo logrado saber adonde iba Francisca, y enterado que esta debía reemplazar á Leandro cerca de Blanca, la había escrito y enviado la esquela siguiente:

« Francisca podrá permanecer una hora más con su enferma. Leandro y Blanca tienen que salir, y ellos mismos la irán á buscar á eso de las diez. »

Al enviar esta esquela el marqués estaba seguro de que Francisca la recibiría sin desconfianza, pues no dudaba que ella debía abrigar la convicción de que nadie había oído su coloquio con Leandro, y que por consiguiente solo este podía escribirla aquellas líneas.

En una palabra, había tomado todas las precauciones, y el marqués de Neuville estaba seguro de poder pasar cuando menos una hora al lado de Blanca.

De este modo pues, así que el ruido del coche se apagó á lo lejos, exclamó con un acento de impaciente satisfacción:

— ¡Al fin me encuentro solo!

Y al punto se encaminó con precaución hácia la puertecilla falsa, penetró por ella en el jardín, y luego en la casa; se dirigió hácia la escalera que conducía al aposento de la jóven, la subió despacio, y llegó al belvedere que servía de vestíbulo á esta habitación.

Blanca apareció de repente á los ojos del marqués á través de la puerta que se había quedado entreabierta: la jóven no se había movido de su puesto.

Ignorando cuál era la causa de aquella actitud inmóvil y silenciosa, el marqués de Neuville presumió que Blanca estaba esperando ó escuchando. Creyendo además, haber producido una impresión favorable cuando la había dicho las últimas palabras que la dirigió aquel día, se preguntó si no estaba allí buscando un medio cualquiera para hacerle asomar á él á su ventana.

En aquel momento Blanca volvió vivamente la cabeza hácia la puerta; el ruido que el marqués acababa de hacer queriendo adelantarse para verla mejor, causó un estremecimiento á la pobre Blanca. Dió un paso adelante, y sin pensar, tan turbada estaba, que Francisca no habría podido entrar antes de haber llamado para que la abrieran, preguntó con una voz temblorosa:

— ¿Estáis ahí, Francisca?

— No es Francisca quien está aquí... es vuestro adorador.

Y apareció el marqués.

Blanca lanzó un grito desgarrador, vaciló un instante sobre sus piés y cayó desmayada sobre una silla.

— ¡Ah! ¡desmayo tenemos!... bien, muy bien, exclamó el marqués en voz baja y alegre.

La antigua experiencia del hombre de intrigas y aventuras le vino á faltar aquí completamente al marqués de Neuville. Tan á menudo había sido engañado por escenas de ese género, que tomó el desmayo de Blanca por un golpe teatral preparado anticipadamente.

Por esta razón se halló á punto un momento de renunciar á esta intriga que le pareció debía conducir á una aventura vulgar, en tanto que había venido á buscar emociones nuevas, si es que podían existir para él.

Sin embargo, Blanca permanecía inmóvil en su silla, con los ojos cerrados, pálida, y su boca siempre tan bella, ligeramente contraída.

Había tanto pudor en su actitud y en todo cuanto la rodeaba, que el marqués se quedó confuso. Examinó el aposento de la jóven; nada más sencillo, pero también nada más casto y apacible. De todo cuanto se veía en aquella habitación se exhalaba como un perfume de virginidad que hechizaba los sentidos.

El marqués consideró á la jóven con atención. La vida renaca en su helado cuerpo; su rostro tomaba el color rosado que le era natural; su boca daba paso á una respiración débil y penosa en un principio, pero que se iba regularizando poco á poco. En breve su pecho se levantó con fuerza; la reacción se operaba y Blanca comenzaba á entrar de nuevo en el uso de sus facultades.

— ¡Leandro!... ¡Leandro!... exclamó por fin con agitación... ¡Dios mío! ¿Dónde está Leandro?

Y sus manos se movían convulsivamente como si hubiesen querido rechazar alguna cosa.

De repente fijó sus ojos en el marqués de Neuville.

— ¡Otra vez ese hombre!... exclamó levantándose de un salto; ¡infamia!

— No, no, respondió el marqués con tono penetrado; no soy tan miserable como puedo parecerlo. He respetado vuestro sueño letárgico que os entregaba á mí si hubiese querido cometer semejante cobardía.

Había acentuado estas últimas palabras con toda intención, para hacerse á los ojos de Blanca un mérito del respeto involuntario que la había tenido.

— Quien quiera que seáis, caballero, retiraos si no queréis que la vergüenza y el miedo me hagan morir.

— ¡Retírame! respondió el marqués con exaltación y como desesperado; ¡retírame cuando os amo con delirio!...

A cada una de estas palabras Blanca sentía que sus fuerzas la abandonaban nuevamente. Para no caer tuvo que apoyarse en la cabecera de su cama.

— Antes, continuó el marqués animándose más y más, quizá habría podido hallar fuerzas para obedecer; pero ahora es imposible. Desde hace dos meses alimento en mi alma este amor nuevo para mí y que nunca había sentido. Desde hace dos meses al pensar en las mujeres que he amado ó he creído amar, me sonrojo de vergüenza cuando las comparo con vos, Blanca, con vos tan hermosa y tan pura... Sí, Blanca, creed en este amor que me devora...

El marqués dió un paso adelante.

— No os acerqueis, no os acerqueis, gritó la jóven espantada y sin saber dónde refugiarse... Además van á venir, añadió, prometiéndose que esta especie de amenaza haría huir á aquel hombre... espero á una señora y espero también á Leandro que me defenderá.

— Nadie vendrá, desengañaos. Leandro está muy entretenido ahora en los salones del duque de Neuville ó en casa del duque de Avranches. Leandro os ha olvidado en medio de sus sueños de artista y no vendrá. Francisca no vendrá tampoco. La he escrito en nombre de Leandro y la he prevenido que iriais á buscarla á casa de su enferma, de modo que allí os esperará.

— Pero ¿quién sois? exclamó Blanca fuera de sí, no sabiendo si se hallaba en presencia de un hombre ó de algún genio maléfico.

— ¿No os lo he dicho?... Soy un desgraciado ébrio de amor, ciego con el amor que me habeis inspirado, y fuera del cual no hallo más que mentira y decepción... Escuchadme, Blanca, añadió el marqués con dulzura y tratando de dar á su voz un acento persuasivo... Soy rico, muy rico... y en cambio del amor que os pido, que os pido de rodillas... os colmaré de bienes á vos y á Leandro... sí, toda mi fortuna es vuestra en cambio de vuestro amor.

— Mi corazón no me pertenece ya; pertenece á Leandro.

— Leandro es vuestro hermano.

— No por cierto.

— ¿Qué decís?

— Es mi futuro esposo.

— ¡Oh! Quereis engañarme.

— Os digo la verdad. Leandro no es mi hermano desde esta mañana, en que me ha sacado de mi error. Por eso Francisca debe venir desde hoy á vivir con nosotros.

— En efecto, dijo el marqués apelando á sus recuerdos; ahora caigo.... La conversación de Leandro con aquella mujer, que yo no comprendía en ciertos instantes...

— Ya veis que no podeis permanecer más tiempo aquí, añadió Blanca con firmeza y pensando que aquella revelación iba á producir un buen efecto en el marqués de Neuville.

No se engañaba. El marqués de Neuville bajo sus hábitos de libertino ocultaba un corazón bondadoso. Perder á aquella jóven en el momento en que estaba á punto de ser dichosa con el hombre á quien amaba, le pareció la última de todas las infamias que habría podido cometer.

La coyuntura era favorable para retroceder, y dominado por los impulsos de sus buenos sentimientos, exclamó:

— Blanca, perdonadme, debo pareceros un hombre muy vil... pero escuchadme... yo estimo y respeto á Leandro, y si hubiera sabido que no érais su hermana, jamás me habría atrevido á hablaros de mi amor... de mi amor que quiero olvidar para siempre...

De repente se oyeron pasos fuera.

— ¡Por Dios! exclamó Blanca, retiraos.

— Sí, sí, me retiro, pero antes exijo una promesa.

— ¿Cuál es?

— Que nadie sabrá jamás una palabra de lo que ha pasado aquí esta noche...

— Os lo prometo.

— Ahora, Blanca, adios, y sed dichosa; yo olvidaré mi amor, pero nunca olvidaré la gratitud que os debo.

Y el marqués de Neuville volvió á tomar el camino que había traído, en tanto que llamaba á la puerta Francisca que afortunadamente no había recibido la carta del marqués, porque la persona que fué á entregársela no la encontró ya en casa de su enferma.

A poco rato entraba también el artista.

... Dos meses después la iglesia de San Luis resplandeciente de flores y de luces se engalaba con sus mejores adornos como para un día de fiesta.

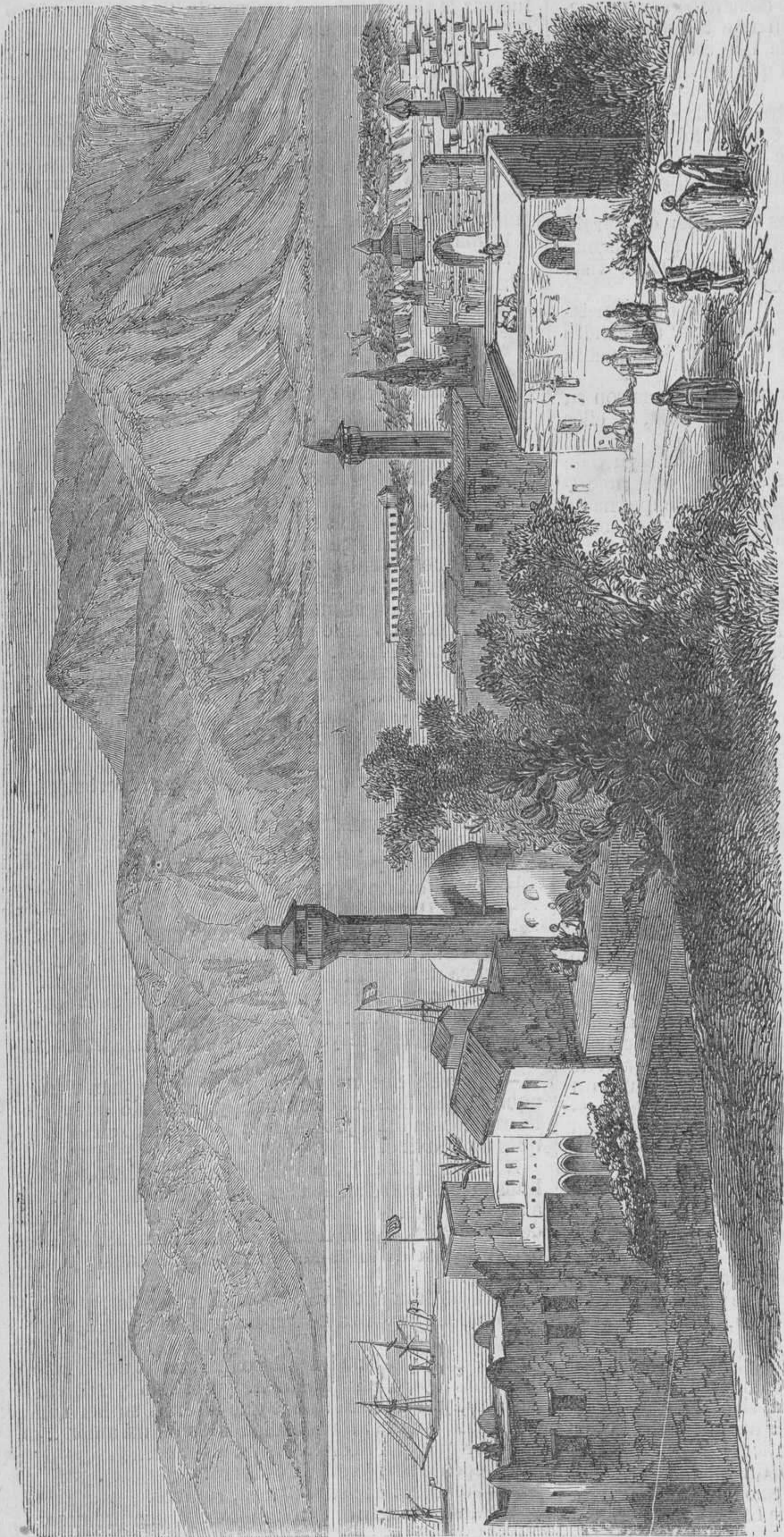
Blanca y Leandro celebraban aquel día su casamiento, siendo padrino el marqués de Neuville, que con su protección había asegurado al artista una fortuna.

Regreso de la expedicion de Siria.

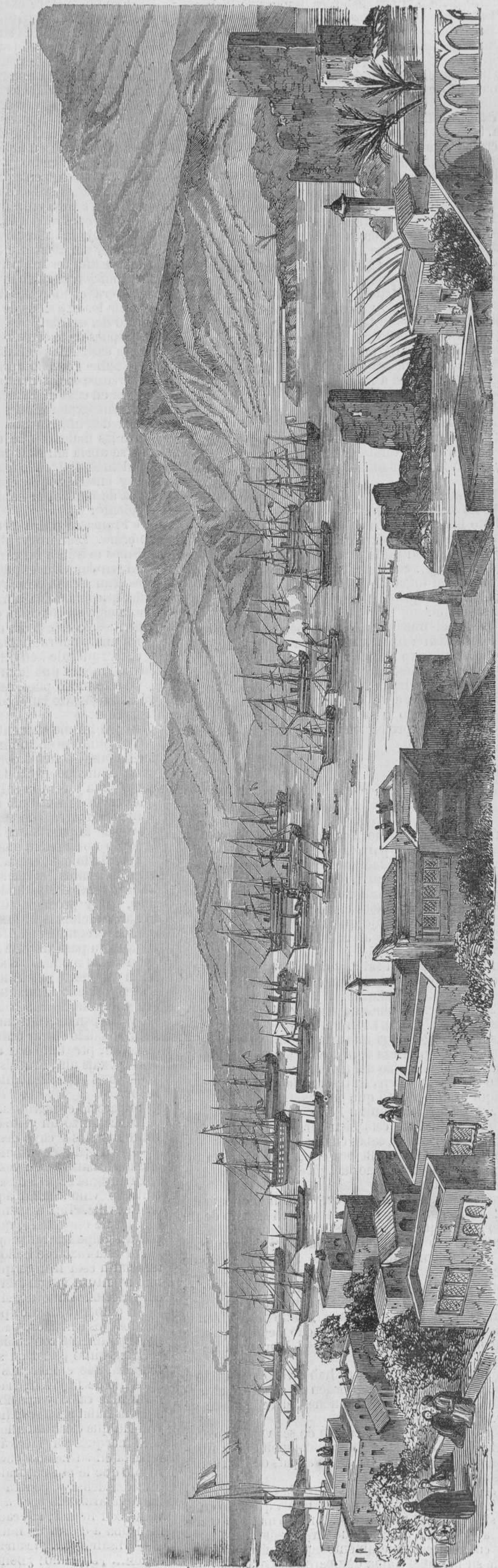
Publicamos un dibujo que representa el embarque de las tropas francesas que componian la expedicion de Siria.

La operacion se llevó á cabo con el mayor orden, siendo favorecida por un tiempo magnifico; no ha habido que deplorar el menor accidente, bien que los buques se hallaran bastante distantes de la costa, y que su cargamento tuviera lugar exclusivamente por medio de lanchones. Entraron á bordo 250 oficiales,

6,830 hombres de tropa y 1,450 caballos. En el momento de la marcha el cuerpo expedicionario no contaba mas de 75 enfermos que se hallaban en los hospitales. Algunos de ellos pudieron incorporarse en sus cuerpos, y los otros fueron repartidos en diferentes buques que venian á Francia, de modo que solo han quedado en Beyruth siete enfermos y uno en Saida, que no se pudo embarcar por la gravedad de su estado. Los cuidan las hermanas de caridad, cuyo establecimiento habia servido de hospital militar. Las tropas han regresado con toda felicidad á Francia. E. T.



VISTA DE UNA PARTE DE LA CIUDAD DE BEYRUTH TOMADA DEL CUARTEL TURCO.



POSICION DE LA ESCUADRA FRANCESA EN LA RADA DE BEYRUTH EL 29 DE MAYO DE 1861.

BOLIVIA

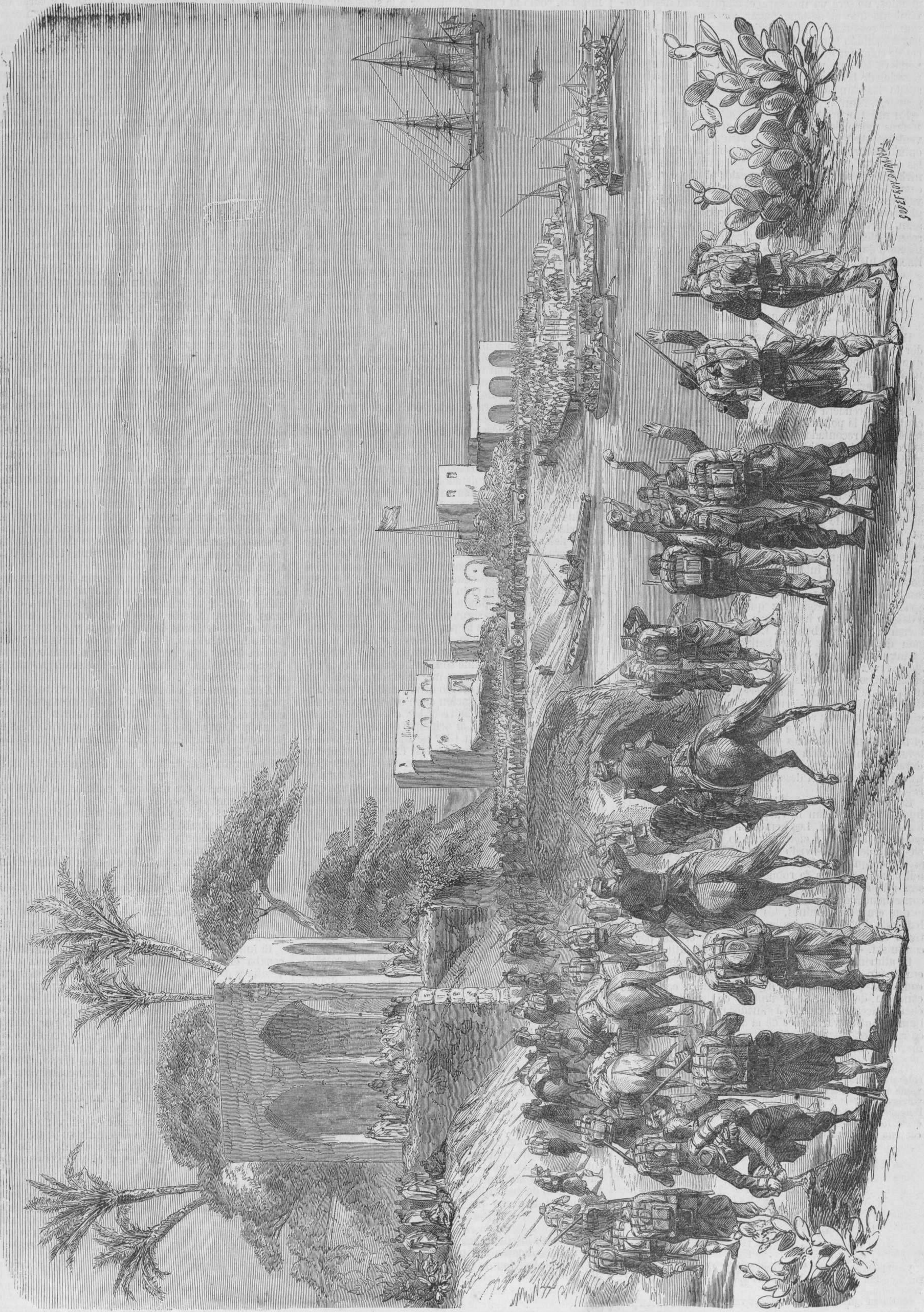
COLONIZACION Y AGRICULTURA

POR LEON FAVRE CLAVAIROS, CONSUL GENERAL DE FRANCIA, ENCARGADO DE MISION EN BOLIVIA, Y VERTIDO AL CASTELLANO POR MANUEL JOSÉ TOVAR.

(Continuacion.)

Ya que la colonizacion no puede establecerse en Bolivia con provecho sino por la fundacion de sociedades poderosas, será deber de toda administracion desocosa del bien de su país otorgar no so-

lamente los privilegios, concesiones de terrenos y otras ventajas inherentes á esta clase de proyectos, sino tambien los subsidios ó participaciones que quitarán en Europa las dudas siempre renacientes, cuando se trata de operaciones trasatlánticas. Por otra parte, no se crea que estos sacrificios se renueven eternamente. Importa, — y esta es á nuestro modo de ver una cuestion de existencia política á la vez que comercial, — que Bolivia se abra un campo libre por la parte del Sud; pero si prosperan las compañías que la hayati dotado de independencia en sus movi-



EMBARQUE DE LAS TROPAS FRANCESAS EN RAZ-BEYRUTH, EL 30 DE MAYO DE 1864.

mientos, no será ya necesario el adquirir un desenvolvimiento que ha de tener lugar por su propia expansión. El resultado es un atractivo suficiente cuando este haya recibido la consagración del tiempo. Lejos entonces de conceder gratuitamente sus terrenos, el gobierno venderá los que posee y entrará en corto tiempo en posesión de las cantidades anticipadas que hayan necesitado las fundaciones gloriosamente arrojadas á su grandeza futura.

En nuestro primer trabajo hemos hecho conocer los tesoros del suelo boliviano y los medios de reportar ventajas. Las líneas que preceden expresan nuestra opinión sobre los albrures reservados á la colonización, las dificultades que la esperan y los medios de prevenirlas. Pero sean cuales fueren estos obstáculos, es necesario creer siempre que se presentará algún colono valeroso, y que la acción diplomática, si es bien dirigida en este sentido, provocará algunos ensayos. Ya sean efectuadas estas tentativas por las compañías, ó sean el efecto de esfuerzos aislados, creemos que en el número de los datos útiles se puede colocar en primera línea la historia agrícola del país.

PARTE SEGUNDA

ESTADO DE LA AGRICULTURA BAJO LOS INCAS.

Hay un hecho que desde luego sorprende al observador: este es la influencia de la tradición de los incas, que ha dejado raíces tan profundas y tan vivas, que una multitud de usos, de preocupaciones y de creencias quedarían sin ser comprendidas, si no se remontase á esta fuente primitiva.

Se comprenderá esto fácilmente descomponiendo la cantidad de la población de la república: entre 1.363,896 habitantes recontados en 1846, cuenta el señor Dalence (1) 714,498 aborígenes, y el número de 659,398 que atribuye á la raza blanca, comprende todos los mestizos á quienes su partícula de sangre española le ha hecho clasificar entre la clase conquistadora.

Es evidente que restos tan poderosos como los del imperio del Perú han debido conservar algo más que un poco de la fe del pasado. Los indios considerados por sus señores como una casta aparte, transmitiéndose de generación en generación las costumbres de los abuelos y quedando excluidos de todo movimiento político, industrial ó intelectual que se verifica sobre ellos, no se consideran ciertamente como españoles. Pregúntese á los habitantes de la Paz, qué febriles terrores se apoderan de ellos cada vez que una conmoción viene á despertar el odio hereditario que las caras cobrizas tienen á las caras blancas. Las cenizas de la insurrección de 1781 aun no se hallan tan completamente extinguidas, que se pueda decir lo que sucedería, si alguna vez penetrase una centella hasta este cúmulo subterráneo de secretas esperanzas y de ecos mal formulados de venganza. La guerra social presentada en una proclama del gobierno, está presente á todos los espíritus como una segunda página de Santo Domingo. Sin duda alguna el mejor medio de prevenirla está en el llamamiento de brazos y capitales, en la barrera que levanta toda industria contra las tendencias perturbadoras, y en la suma más grande de bienestar que traerá á los indios el desarrollo sucesivo de la prosperidad pública.

Esperando, estos naturales se han quedado indios; hijos del sol, esperan la vuelta del inca, y no son cristianos sino de boca. Les hemos oído implorar á Pachacamac (2) sin saber ciertamente lo que importaba su plegaria: les hemos visto hacer libaciones á su madre la tierra con la chicha de maíz: hemos manifestado mil pruebas de esta fe robusta que ha atravesado tres siglos de abatimiento, sino de esclavitud. Creemos en consecuencia que pueda ser curioso poner de manifiesto lo que eran los caminos, los canales y la agricultura bajo esta dinastía tan suspirada, y comparar con el antiguo estado de cosas, el estado presente creado por la conquista. — Saldrá tal vez de ello alguna útil lección.

La alimentación pública, en tiempo de los incas, casi era la única preocupación de estos monarcas. Ella se componía principalmente del maíz, único cereal que conocían, de papas, de quinua y de distintas raíces y cucurbitáceas. En cuanto á ganados no poseían más que llamas y otras variedades de la misma familia, las vicuñas y los huanacos. Mas como la población era numerosa, como cada reinado extendía los límites del

imperio, como la carga de proveer á la subsistencia de sus súbditos incumbía á la prevision del soberano, estos habían colocado la agricultura en primera línea, y la honraban á los ojos de sus pueblos cultivando por sus manos un terreno especial cerca de su capital, el Cuzco. Únicamente la familia real tenía el derecho de trabajar allí; ella lo hacía con hermosos vestidos de fiesta, y esta sagrada labor era acompañada de himnos solemnes á la gloria del sol y de sus hijos los incas.

Acabamos de decir que la prevision del soberano dominaba las necesidades de su pueblo. Permitásenos, á este respecto, rechazar la imputación de comunismo que frecuentemente se ha dado por base á sus instituciones. El comunismo, tal como se le ha predicado en nuestros días, es la utopía irrealizable de algunos filósofos que hacen abstracción del pasado, del presente y de las tendencias de la sociedad actual. Este es simplemente un contrasentido práctico. La monarquía de los incas ha durado cerca de quinientos años, y ciertamente, si uno se asombra leyendo su historia, es de ver cuánta superioridad moral tenían sobre la Europa estos hombres á quienes no obstante faltaban las luces de la religión de Cristo para dirigirse. ¿Dónde ha podido tomar su origen ese reproche de comunismo tan frecuentemente dirigido? Lo ignoramos verdaderamente, y el exámen rápido de las instituciones de esa época probará la falsedad de aquel.

Detenidos de una parte por el mar y de las demás por un cordón de poblaciones bárbaras de las que cada reinado veía asimilarse ó conquistar una parte, los incas no podían pensar en fomentar un comercio sin objeto. La ausencia de los cambios traía consigo la de las ideas marítimas, y los indios se limitaron á la fábrica de las barcas necesarias para la pesca ó para el paso de los ríos.

La agregación sucesiva de todos estos pueblos arrancados al canibalismo por el culto purificado del sol, exigía un plan uniforme de gobierno y de administración. Por una sabiduría constantemente seguida de buen éxito dejaban los conquistadores al jefe vencido el poder que poseía antes de su caída. De soberano de una nación independiente venía á ser gobernador de una provincia, pero gobernador hereditario en posesión de un poder asegurado á sus descendientes que permaneciesen fieles. La única condición que fué impuesta por el inca era la adopción de la religión y de las leyes del imperio. Estas medidas garantizaban la tranquilidad política; pero no era bastante esto. En general, los pueblos conquistados no eran otros que los salvajes que vivían cada día del producto de su pesca ó de su caza sin pensar en el día siguiente, arrojándose sobre sus vecinos cuando faltaba la provision á su apetito. Prohibiéndoles estas agresiones, era necesario al mismo tiempo subvenir á sus necesidades por medios eficaces y durables. Aquí es donde se manifiesta la elevada inteligencia de estos monarcas misteriosos que hablaban un lenguaje que se ha perdido con su raza, y poderosos intérpretes de una civilización cuyo origen ha quedado desconocido. Es necesario recordar que desde Manco Capac que fundó el Cuzco al principio del siglo XI, hasta Atahualpa que murió en 1532 se aplicó el mismo sistema á las naciones incorporadas. Este vasto imperio que bajo el reinado de su último monarca se extendía desde Quito hasta Tucuman en el interior y hasta los Araucanos en la costa, se había formado por agregaciones graduales, conservando en su superposición sus jefes, su idioma, sus costumbres, sus usos especiales, y reunido por una religión común y por las leyes generales, como se puede distinguir claramente en la formación geológica la edad de las capas sucesivas, sin que por esto la masa pierda nada de la densidad que la liga en un solo pedruzco.

Con un conocimiento profundo del corazón humano y de las necesidades particulares á las que él se dirigía, Manco Capac arrancando los salvajes á la barbarie para hacerlos agricultores, fundó su naciente civilización sobre dos leyes principales. La primera fué la distribución de la tierra á toda nación conquistada ó agregada. Se calculó el espacio necesario para producir la cosecha que debía alimentar á un individuo durante un año (1), y se señalaban tantas pequeñas partes cuantos individuos había. Estos pueblos, antropófagos el día antes, tenían los instintos nómadas que preceden á toda sociedad: recibieron los caciques porciones hereditarias, fortificando así el espíritu de propiedad con toda la potencia que se une á la trasmisión por la sangre. Ellos vivían en tiendas: las aglomeraciones erigidas en comunidades debieron trabajar en la construcción de casas reparadas cada año por la comunidad. La propiedad y la herencia no era solamente el derecho del curaca sino el de todo hijo, sucediendo á su padre en el empleo ocupado por éste, por tanto tiempo cuanto permaneciese digno de él.

En este sistema cada ciudadano recibía el terreno que debía asegurar ampliamente su subsistencia y la de su mujer y la casa que debía habitar. En el nacimiento de cada niño la administración añadía un tupu, y medio tupu en el de cada niña. Este tupu venía á ser la propiedad del mancebo que se casaba, volvía á la comunidad en caso de matrimonio de la doncella, ó quedaba al beneficio del padre en caso de celibato de esta última. Las viudas, las doncellas celibatarías y los huérfanos poseían igualmente sus tupus, pero como se hallaban en la imposibilidad de cultivarlos, entraban en la clase de *impedidos*, que comprendía además á los enfermos, los inválidos, los viejos y los soldados en campaña.

(1) Esta medida se llamaba *Tupu*.

Pero la ley, siempre previsora, ponía á cargo de la comunidad el trabajo de las tierras pertenecientes á los impedidos; la labranza de estas tenía lugar inmediatamente después de las tierras del sol; cerrada la noche, hombres armados de estrepitosas trompetas subían á las torres dispuestas á este efecto, y después de haber reunido á los habitantes y reclamado la atención, anunciaban que tal día tendría lugar el trabajo en común, fijando á cada uno la parte que debía tomar en él. El hambre estaba pues conjurada, y hablando propiamente, no había pobres, pues que trabajaba su campo todo hombre capaz, y el del impedido era cultivado por la comunidad. La pereza era desconocida, gracias al rigor de las leyes instituidas para castigarla. Pero la abundancia no es anual aun en este clima de excepción, por lo que los incas habían basado su organización patriarcal en una segunda ley muy previsora. Todo el suelo cultivable no repartido en tupus era á su vez dividido en dos partes: las tierras del sol y las del monarca. El producto de las primeras servía desde luego para la manutención de los numerosos ministros de los templos esparcidos en todo el imperio, así como el de las segundas estaba destinado para el inca, su familia y su corte. El sobrante, que era considerable, se almacenaba en los *tampus* (graneros) que existían en cada ciudad, en cada aldea y hasta en los caminos, en donde se los hallaba de tres en tres leguas. De aquí era que cada comunario venía á recibir la semilla para el cultivo de sus tupus; aquí se ocurría en caso de mala cosecha; de aquí era que se proveían ampliamente de lo necesario las tropas en marcha. Estos graneros eran verdaderamente la llave de la riqueza pública. Es necesario ver también con qué cuidado procedían los incas en su erección, desde que un nuevo territorio se unía al antiguo. Hacían reconocer inmediatamente las praderas, las tierras arables, los bosques, las minas, las salinas, las fuentes, los lagos, los ríos, los árboles... y medido todo, comprobado que era, se procedía á la repartición del suelo, se hacía saber á los súbditos las cargas que les correspondían; se edificaban *tampus*, y se tomaba nota de las necesidades de la provincia.

Era pues la renta de las tierras del sol y del inca la que servía para la asistencia pública del mismo modo que era de su circunscripción que se extraían todos los tupus aplicados al acrecentamiento de la población. Cada ciudadano debía ser provisto ante todo. El dios y el monarca no venían sino después.

Este tesoro en especie subvenía aun á otras necesidades. No todos los ciudadanos eran agricultores, sino que había comerciantes, había pintores, escultores, carpinteros, poetas, plateros sobre todo, ocupados de los innumerables trabajos de los templos y de los palacios. Había historiadores, los célebres conservadores de los *quipus*. Todas estas personas pagando su tributo por su trabajo, recibían del inca todo lo que era necesario para su manutención (1).

A excepción de la familia real, de los caciques y de su parentela, de los sacerdotes, de los empleados civiles y militares, de los soldados, de los hombres menores de veinte y cinco años ó mayores de cincuenta, de las mujeres y de los impedidos, todo ciudadano pagaba un tributo al Estado.

Se pagaba este tributo con dos meses de trabajo anuales.

Si el impuesto era uniforme, nada había más variado que la manera de percibirlo.

Las tierras del sol y del inca se trabajaban en común, y el cultivo entraba en el tributo, pero él estaba lejos de absorber los sesenta días impuestos. También ya apacentaban los indios los inmensos rebaños de llamas pertenecientes al sol, ya fabricaban los vestidos del inca, de los caciques, de los soldados y de los impedidos, en los que siempre se pensaba ante todo, ya escarbaban los canales, abrían caminos y erigían templos. Los artistas como los labradores, los fabricantes de armas como los pastores, todos pagaban sin salir de sus casas, por medio del trabajo apropiado á su profesión.

El inmenso producto de este trabajo general se almacenaba en los *tampus*. Allí se acumulaba la lana de vicuña y de llamas que servía para los vestidos en los climas rigurosos, el algodón con que se cubrían las poblaciones de la costa, las sustancias fibrosas que daban el calzado. Al cabo de dos años los gobernadores de provincia distribuían á cada individuo, por medio de empleados especiales, la lana ó algodón que debía abastecer al vestido de los dos años subsiguientes, y la corteza de maguey, de que se fabricaban las *ajotas*, especie de sandalia cuyo nombre y uso se han conservado hasta ahora. Las mujeres tejían y teñían las telas, y los hombres hacían el calzado. Los impedidos recibían todos estos objetos fabricados.

En esta organización buscamos en vano el comunismo. Tal vez se ha creído descubrir su principio en la condición vitalicia que seguía la propiedad destinada para cada individuo. La casa y el campo liberalmente concedidos á cada uno volvía, es cierto, al Estado después de la muerte del usufructuario; pero evidentemente, en el pensamiento de los legisladores, esto no debía de ser más que una iniciación indispensable para los salvajes, á los que se imponía el freno de los hábitos regulares. Encontramos la prueba de ello en la consagración de la herencia aplicada todas las veces que se

(1) ¿No se encuentra una analogía estrecha entre estas medidas y la ley ateniense que prohibía á todo ciudadano, bajo pena de confiscación, tener trigo en su casa para más de un año antes que los tesoros de los granos de la república, abastecidos por sus *proveedores*, quedasen abundantemente provistos?

Aborígenes. Blanco.

Beni	37	1
Oruro	10	1
La Paz	4	1
Atacama	2 1/2	1
Potosí	1 1/2	1
Chuquisaca	1	3
Santa Cruz	1	2
Cochabamba	1	5
Tarija	1	21

Los blancos y medio blancos del Beni, de la Paz y de Oruro, no están poco fundados en sus aprensiones respecto de la raza india.

(2) En su ignorancia del nombre verdadero ellos dicen *Pachamama*.

trataba de las clases menos próximas á la barbarie. No solamente la trasmision del poder era hereditaria en el inca, sino entre todos los caciques y los empleados superiores que provenian de este poder centralizador. El régimen introducido por Manco Capac era evidentemente apropiado al medio en que debia trabajar. Como Dios, daba á sus leyes ese carácter religioso infalible en los corazones sencillos: como rey, si absorbía la riqueza pública, era para esparcirla en rocío bienhechor que tocaba hasta al mas humilde de sus súbditos. A nada se puede comparar con mas propiedad esta organizacion patriarcal, que á la familia antigua en la que era el padre el jefe absoluto, vigilante en el bienestar de sus numerosos vástagos, emancipando á los mas dignos, frecuentemente severo, siempre justo y compasivo de todos los males. Reconocemos, es cierto, lo que habia de rudimental en esta civilizacion: convenimos en que la quietud que procedia de la prevision gubernativa era un obstáculo poderoso para el desarrollo de las masas, cuya hambre ha sido hasta ahora el triste pero penetrante y activo aguijon. Concedemos que los indios regidos por el inca podian ser inferiores á las razas europeas, herederas de todas las civilizaciones antiguas. No se nos negará que la felicidad de los gobernados debe ser el objeto principal, sino el único, de los mandatarios. Pero ábrase la historia de cualquiera nacion de Europa de 1043 á 1532, y encuéntrase un pueblo cantando durante quinientos años el himno de su felicidad, sin que una sola revolucion, sin que la época de un mal rey venga á turbar la armonía de una tranquilidad tan sorprendente.

Esta administracion concentrativa y la emulacion que creaba una palabra del inca, dieron lugar á los monarcas del Perú de ejecutar trabajos gigantescos.

Hemos dicho que el mar y la barbarie prohibian hasta el pensamiento de un comercio exterior. El cambio en el interior ni aun podia existir, pues que, perteneciendo cada tampo ya á la comunidad, ya al Estado, se abria á cada manifestacion de una necesidad. El indio trabajaba su campo, daba al inca dos meses de tributo y pasaba el resto del año en cantar, en no hacer nada ó en excavar voluntariamente las minas de las que sacaba el oro y las piedras preciosas, que el cacique, á nombre de sus administrados, ofrecia al inca en los días de fiestas públicas. La agricultura era pues el único pensamiento de los soberanos, sobre los que pesaba la responsabilidad del abastecimiento del país. Tambien todos sus esfuerzos se dirigian hácia este solo ramo de la actividad general, y á él aplicaron ellos las fuerzas vivas de esta poblacion sumisamente afectuosa.

Algunas palabras, desde luego, para recordar la configuracion del suelo, que naturalmente debia dirigir la explotación.

Todos saben que la inmensa arista rocallosa que ha recibido el nombre de cordillera de los Andes, corre de Norte á Sud, costeano el Pacífico y atravesando todo el continente desde Panamá hasta el estrecho de Magallanes. Pero de lo que es difícil formarse una idea precisa es de la apretura que imprime en la corteza terrestre el levantamiento de esta cadena. Para informarse de ello aproximadamente es necesario subir á los picos elevados, y dominando la vista las distancias infinitas, queda absorta con el aspecto de este horizonte granítico en el que no percibe mas que crestas separadas por profundas honduras. La elevada meseta de Oruro que presenta una planicie de unas sesenta leguas de longitud sobre dos ó tres de latitud, es una excepcion de este amontonamiento general, y á cualquiera parte que alcance la vista, donde quiera que los pasos se dirijan, allí estan las cadenas intermediarias, sirviendo de contrafuerte á las cadenas principales, y dividiéndose ellas mismas en innumerables ramales que se subdividen hasta lo infinito en gargantas variables en profundidad y en amplitud.

Como el Perú y Bolivia son intertropicales, resulta de aquí una variedad vegetativa fácilmente comprensible. Pudiendo calcularse la diferencia termométrica por una diferencia de nivel, se sigue que mientras producen las alturas la papa, la quinua, la cebada y diversas graminneas propias para pasto; el fondo de los valles ve madurar el maíz y las plantas tropicales. En Chuquisaca cuya elevacion es 9,963 piés castellanos sobre el nivel del mar (1) se cosecha el maíz y las legumbres de Europa, mientras que cinco leguas mas allá, en el valle de Mojotoro, se encuentra la caña de azúcar cultivada por mayor, la granadilla, la palta y todos los frutos de las Antillas. Cuanto mas baja el nivel, se concentra mas el calor, y la vegetacion cambia mas de naturaleza: así es que á poca distancia de la Paz, situada á 12,999 piés castellanos sobre el nivel del mar (2) y que produce todas las frutas y legumbres de Europa, se encuentra en los Yungas, situados 7,000 piés mas abajo, la coca, el café, el cacao, etc., etc.

Estos hechos no podian ocultarse á hombres tan perspicaces como los incas. Ellos habian notado al mismo tiempo la diferencia productiva de los terrenos regados y de los que no podian serlo, y esta observacion les habia conducido lógicamente á la necesidad de trabajos que su organizacion política les permitia emprender.

Estas obras cuyos numerosos vestigios quedan todavía, eran de dos especies.

Habiéndose reconocido el riego como indispensable para la fertilizacion, y estando surcada la superficie general del país de valles estrechos, abiertos por las aguas de las mesetas superiores, era necesario ante todo ha-

cer accesibles estas aristas rocallosas y darles artificialmente un nivel que hiciese provechosa la irrigacion. Para conseguir este resultado se trabajaron terraplenes en todas las cadenas: anchos cimientos en la base, estrechándose á medida que se elevaban y calculados de modo que pudiese utilizarse todo el suelo productivo. Murallas macizas edificadas en declive servian de sosten á los terrenos nivelados. Los pedrones aislados eran arrancados y reemplazados por la tierra vegetal traída á este intento. Vista de la cima la colina parecia una escalera gigantesca, cuyo verde tapiz formaba el maíz. Es necesario haber recorrido — como nosotros, — estas comarcas trabajadas, atravesar estas murallas graníticas que se suceden sin fin, para concebir la grandeza de semejante creacion y el inmenso esfuerzo de brazos que ha debido necesitar.

Esta concepcion tenia una doble ventaja. Desde luego, ella daba lugar á aprovechar de cada particula cultivable, desde el fondo del valle, mas abundante en tierra vegetal, hasta la punta en que la roca desnuda no admitia ya la introduccion de la reja del arado; ella oponia en segundo lugar un obstáculo permanente á la impetuosa invasion de las aguas pluviales desatadas en torrentes. La mayor parte del agua caída sobre los declives era absorbida por las superficies planas que componian los terraplenes, y el sobrante privado de corriente nunca podia llegar á arrastrar los terrenos que inundaba sin daño.

Así se obtenia pues á un mismo tiempo la fecundacion y la conservacion de las tierras labranticias. Mas no era sino una parte de esta obra colosal. Se trataba de regar estos escalones de gigantes, no como esto se practica en nuestros días por medio de mezquinas acequias hechas al nivel del valle, sino por medio de canales superiores, acueductos titánicos que recogian en su curso todos los manantiales que podian alimentarlos, recibiendo en su encajonamiento todas las aguas pluviales detenidas al paso, y sirviendo así á la fertilizacion en vez de ser como ahora un agente formidable de destruccion.

La mayor parte de estos conductos tenia quince ó veinte leguas de curso, y como su ejecucion era la condicion de toda labranza, se puede calcular la inmensidad del trabajo por la enorme superficie poseida por los incas. Pero fuera de esta multitud de canales medianos que formaban como las venas y vanículas en este sistema arterial, los monarcas del Perú habian abierto dos acueductos principales que representaban las arterias de esta circulacion creadora. Aun se admira hoy y con justa razon los vestigios que atestiguan la grandeza de las construcciones romanas; pero cuando se piensa en la civilizacion adelantada del mas poderoso imperio que haya dominado el mundo, en los medios mecánicos que doblaban la fuerza humana, en los procedimientos que habia enseñado ya la ciencia, y en esas obras en la que la inteligencia era tan eficazmente ayudada, se vuelve los ojos sobre un pueblo sin conocimiento del hierro, de la argamasa, de la bóveda, sin mas instrumentos que otras piedras mas duras, para horadar la peña, para separar las partes y labrar en ella las facetas, ni otra máquina que el esfuerzo de sus brazos para hacerlas rodar, suspenderlas y colocarlas, ¿no es natural sorprenderse y concebir algun respeto hácia la voluntad fuerte y la concepcion esclarecida que habia sabido llevar á cabo tan grandes y útiles cosas á la vista de tan débiles medios? Y efectivamente, ¿qué mayor trabajo que el de estos dos acueductos de los que el uno tenia 120 y el otro 150 leguas de longitud, recibiendo en un canal de doce piés de profundidad todas las aguas que podian proporcionar las fuentes ó las tormentas, y serpenteando en los costados de las montañas sobre un lecho artificial de granito?

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Trajes de campo y de baños de mar. — El nuevo sombrero-paraguas. — Los embajadores siameses. — Fecamp está á la moda. — Concierto en Baden. — Principes y actrices unidos en matrimonio. — Celeste Mogador. — Descripción del figurin de este número, que representa dos trajes de campo y uno de amazona.

La elegancia parisiense se halla dispersada por todas partes. La diplomacia está en Vichy; los altos señores en sus palacios y en sus posesiones campestres; los simples bañistas á las orillas del mar. Cada cual necesita pues una coleccion de trajes diferentes segun el punto adonde piensa pasar el verano.

Los driles están por consiguiente muy en moda así como el alpaga negro (liso ó de grano grueso).

Con estas dos telas se hacen jaquetas y casaquillas á la francesa muy elegantes.

Tambien se lleva mucho el paletó saco que es muy cómodo para el estio; se hace de dril inglés.

Los pantalones carecen de bandas á los lados y se reemplazan con un grueso vivo de color diferente. No me parece honrita la innovacion; un vivo encarnado sobre una tela gris perla no es nada distinguido.

Fuera de las telas de hilo y de algodón los tejidos de lana ligera que se usan son de dibujos menudos. Se prefieren los jaspeados á los de cuadros, para jaquetas y casaquillas; pero para pantalones las telas de cuadros están muy en moda.

Todas las prendas se hacen ribeteadas. El ribete es mas caprichoso que el pespunte.

Ya se trata de los trajes de caza, mas como nada nuevo se ha decidido acerca de ellos, esperaremos al mes próximo.

Los trajes de pesca no tienen nada de particular sino es el

sombrero que llaman sombrero-paraguas, que se hace de paja de Italia y aun de paja ordinaria muy fina, de forma baja y de alas lisas y redondas. Estas alas no tienen menos de 40 centímetros de anchura al rededor, de modo que pueden servir de sombrilla y de paraguas.

Como la gran curiosidad del día está en los embajadores siameses, voy á dar algunos pormenores sobre las vestiduras de algunos de ellos.

El primer embajador que llena en Siam las funciones de ministro del comercio, recuerda en cierto modo en su vestir las modas de principios y mediados del siglo XVIII. — Casaca Luis XV de seda gris; calzon amaranto de la misma tela sostenido al talle por un cordón; medias blancas de hilo y zapatos charolados á la europea.

El segundo embajador lleva una especie de jaqueta gris forrada de seda azul; sus calzones mas anchos tienen un carácter mas oriental.

El tercer embajador usa una larga bata chinesca de seda color azul oscuro.

Mi próximo artículo de modas estará fechado en Fecamp, punto muy animado este verano, donde se preparan fiestas de toda clase, y sobre todo un gran concierto en honor de Tamberlick. Allí estudiaré las modas de verano en esta temporada.

Baden se halla convertido tambien en un gran centro de placeres. Ya ha habido dos brillantes conciertos en el espléndido salón Luis XIV, ante una numerosa sociedad toda esmaltada de beldades aristocráticas. Los artistas eran el pianista Alfredo Jaell, cuyo talento y celebridad han recibido este invierno el bautismo parisiense.

Parece ser que en Austria los casamientos entre actrices y hombres de mundo son mas numerosos que en Paris.

La cómica Constanza Geiger se acaba de casar con el duque Leopoldo de Sajonia Coburgo, general de infanteria; hace pocos años Mlle Neumann, del Teatro Imperial, se casaba con el conde Schvenborn; Mlle Gossman, del mismo teatro, se casa con el baron Prökesch; Mlle Bossler, tambien del Teatro Imperial, debe casarse pronto con el baron de Brusck, el hijo del difunto ministro, y en fin, Mlle Maria Czernach, artista de un teatro secundario de Viena, parece está á punto de casarse con el príncipe Czartorisky.

Las madres de las actrices envian á Alemania las fotografas de sus hijas, que desempeñan en Paris los papeles de damas jóvenes.

Pero ¡ay! las celebridades del teatro no logran siempre conservarse en una situacion opulenta. ¿Quién no se acuerda de la famosa Celeste Mogador, que un día vino á ser condesa de Chabrillon, y que tuvo cierta representacion diplomática en Sidney, donde su marido fué nombrado cónsul?

Pues hoy Celeste Mogador se halla viuda y sin recursos. Ha publicado sus Memorias que hicieron ruido un instante, y despues han caido en el olvido mas profundo. Abandonada de todo el mundo se ha ajustado en el teatro de la Puerta de San Martin para adquirirse medios de subsistencia.

A todo esto me encuentro lejos de las modas y de los pantalones con bandas ó sin ellas; pero no tengo yo la culpa es imposible hablar cuando falta materia.

Sin embargo, para volver á entrar en mi papel, voy á describir nuestro figurin de este número, que representa dos trajes de jóvenes y uno de amazona.

El primero es de campo y está hecho para alternar con el frac á la francesa, pues se principia á llevar la levita cruzada.

Nuestro jóven está luciendo pues una levita cruzada de paño azul, que se diferencia de las antiguas en que solo está cortada al talle por delante. El cuello es bajo y estrecho, y las solapas vuelven poco y caen casi aplastadas.

Con la levita cruzada toda forma de chaleco está permitida, y la moda quiere que los chalecos cierren muy altos y que no lleven cuello.

El pantalon blanco de hilo, es ancho de piernas aun por abajo, y bastante corto para que se vean los botines de la misma tela.

Sigue el traje de amazona que es de hilo, y no de paño, pues para verano es preferible el piqué blanco á otra tela de hilo.

Nuestro traje se compone de dos piezas principales, el cuerpo y la falda, ambas independientes.

El cuerpo no es otra cosa que un pequeño paletó corto semi-ajustado con anchas mangas y bolsillos al lado. En cuanto á la falda tiene 50 centímetros mas que la de un vestido ordinario, y bastante vuelo para que pueda recogerse fácilmente.

El último traje está muy en favor para montar á caballo. Se compone de una pequeña jaqueta de hilo mezzilla, larga de talle, corta de faldones y con muchos bolsillos. Se abotona solo un boton, aunque pueden ponerse todos.

El pantalon, tambien de hilo, es rayado y muy ancho. Chaleco de fantasia blanco con florecillas. Corbata de tafetan azul y guantes color de acero.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Usos y costumbres de Francia.

EL DIEZMO EN LA BAJA NORMANDIA. — LA FIESTA DE LA GAVILLA O HAZ DE MIESES EN EL BAJO MAINE.

Al ver el primero de los dos dibujos, propios de esta época del año, que motivan este artículo, se diria que es de pura invencion, y sin embargo, podemos certificar que es de una exactitud rigurosa, pues el diezmo que se cree abolido, subsiste aun en la baja Normandía, si bien debemos añadir que no es el cura quien le cobra, sino su humilde custos.

Cada año en el tiempo de la cosecha los sacristanes de muchas parroquias de la referida comarca, se trasportan á los campos donde están las mieses, y perciben de cada uno de los habitantes de la parroquia, ricos ó pobres, una gavilla de trigo ó de centeno segun la naturaleza de la cosecha.

(1) Dalence, pág. 59.

(2) Dalence, pág. 58.

Les dan paja para atarla, y tienen derecho para hacer la gavilla lo mas hermosa que pueden. Así que está hecha, el amo da una señal, y los chicos corren á recoger amapolas y otras flores silvestres con las cuales adornan la gavilla que llaman *la gavilla de Dios* en ciertos pueblos.

Esta escena se ve representada en el primer dibujo.

El otro se titula *la fiesta de la gavilla en el bajo Maine*, ceremonia que tiene lugar en cada granja de esa parroquia cuando se han trillado las mieses.

Una vez que los labradores han extendido en la era su última parva, colocan en un rincón del caserío donde habian puesto á cubierto la cosecha, una gavilla adornada de flores y de cintas, teniendo cuidado de sujetarla fuertemente con unas cuerdas invisibles á una estaca clavada en el suelo. Reunido en la era lo restante del trigo, todo el mundo se forma en procesion y se dirige solemnemente á buscar á los amos ó á los arrendatarios de la granja, para decirles que les piden su ayuda á fin de arrancar la gavilla que ellos solos no pueden levantar de la tierra. Los amos van á la granja, y haciendo grandes esfuerzos consiguen arrancar la gavilla.



USOS Y COSTUMBRES DE FRANCIA. — EL DIEZMO EN LA BAJA NORMANDIA.]

Entonces la levantan, se forman en fila y se dirigen en triunfo hácia la era cantando en coro una cancion alusiva á la ceremonia.

Abren la marcha dos hombres armados de escobas, que se complacen en levantar una nube de polvo bajo

el pretexto de limpiar e camino por donde va á pasar la comitiva. Detrás va la *gavilla* llevada con mucha pompa por el amo de la granja y su mujer, y siguen sus hijos teniendo en sus manos puñados de espigas. Si presencian la fiesta algunos forasteros, las mozas les ofrecen en una bandeja de estaño llena de trigo un ramillete de flores silvestres, y luego, que quieran ó no, les plantan sobre unas parihuelas improvisadas y les pasean en triunfo en torno de la era. El aechador mas diestro camina detrás con su harnero lleno de granos que hace volar en los aires. La masa de los segadores y mozos de labranza cierra la marcha, pegando con las hoces en el suelo para llevar el compás de la cancion que todos entonan. Una vez que se ha dado la vuelta á la era con toda esa pompa, desatan y extienden la gavilla, y entonces hacen algunos disparos de escopeta, complemento necesario de la fiesta en cuestion. Por último, sacan sobre una silla cubierta con un paño blanco una torta de harina de flor, un poco de manteca y algunas botellas de vino, para que cada cual tome un refrigerio, y en seguida se procede á concluir de trillar y limpiar las mieses.



LA FIESTA DE LA GAVILLA EN EL RAJO MAINE.